



S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



CONSTRUCCION

En Cádiz, ciudad marítima por excelencia, resurge, en calidad de axioma, el sentido España como nación que se debe al mar.

Las primeras humedades salinas que el viajero absorbe a muchos kilómetros de su proximidad es el primer físico mensaje del destino histórico que España puede olvidar, abandonar provisionalmente, pero al que no le es dable renunciar si quiere persistir con libertad de movimientos, según conceptos a priori de su soberanía.

A pesar de que la historia naval de España es abundante, densa en hazañas inolvidables, de lo que se trata es de reconocer que durante siglos se careció de una política marítima sistemática, como exige su posición geográfica y lo que fué consecuencia de esa posición geográfica, o sea el Descubrimiento de América y el establecimiento permanente de la raza durante siglos en las pródigas tierras, además de los territorios que poseíamos en Europa, y que, naturalmente, los separaba el mar o, mejor, ya que el mar no separa, sino une, los debió acercar siempre a la metrópoli.

Relámpagos aislados de comprensión aparecen de vez en vez con intervalos luctuosos casi de siglos en la política de España. Intenciones y realizaciones providenciales que obedecían a un criterio orgánico de política naval. Un ejemplo: Ensenada, y luego Patiño. En estos tiempos se crearon las escuadras que se batieron

con bazaría inigualada en Cabo San Vicente y Trafalgar y las flotas que en América y en las rutas de España defendían nuestro pabellón.

Nunca debieron interrumpirse las construcciones navales que expresasen la continuidad de una política naval sistemática, cualquiera que hubiese sido el régimen o la forma de gobierno establecido en España. Todos los partidos y sus hombres representativos, aunque profundos abismos ideológicos los separase, debieron coincidir en el fundamento de la independencia integral de España: la política marítima.

Es imposible concebir el concepto de Imperio sin el correlativo de potencia en el mar. Contemporáneamente, en la pasada guerra europea, la principal causa de la derrota de los Imperios centrales, fué la inferioridad del dispositivo naval.

De poco le serviría al Japón las fulminantes victorias de su Ejército si no existiese un previo y actual dominio del Pacífico por su Escuadra.

Y en la antigüedad, vivero de ejemplos para todas las vicisitudes históricas, sabemos que jamás Roma hubiese vencido a Cartago si no se decide a embarcar a los pastores del Lacio en la fragilidad aparente de los barcos de tablas, pero siempre más sólidos que la tierra firme, como plinto o fundamento de la columna de un Imperio.

Reflexiones de este linaje, que además serían excesivas si las desarrollase en un artículo de periódico, me inspiró Cádiz, diz.

He tratado de conocer la situación de las industrias navales en la actualidad en Cádiz, y mi impresión es alentadora, optimista.

El principal foco de trabajo en este orden, en Cádiz, es la Sociedad Española de Construcción Naval. Esta Empresa reanuda con su material, instalaciones y personal técnico de toda clase otro ciclo de construcciones navales.

Ya conocíamos, como antiguo aficionado a estos temas y como español especialmente apasionado por lo que es el auténtico porvenir de nuestra Patria, la labor de esta Empresa, que surgió por la iniciativa de dos eximios patricios: D. Antonio Maura y el almirante Ferrándiz, plasmada en la Ley de Escuadra de 1908, que dota a España del primer núcleo poderoso de su futura Escuadra.

Con una rapidez extraordinaria, desconocida en la historia de las lentas construcciones anteriores de buques, se incorporan al servicio activo las unidades proyectadas y aun toman parte en acciones de guerra.

Luego, el año 1915, la Ley Miranda, que continúa y amplía los programas navales anteriores.

Nuestra Escuadra se aumenta y se constituye inmediatamente después de las potencias que llevaban ya muy avanzados los programas de construcción. Sin que el gran público español lo advierta, porque dispersa su interés en problemas de escaso aliento, nos convertimos en un factor en el mundo, no especialmente por el número y el tonelaje global, que es atendible, aunque no imponente, sino por las calidades individuales de los buques.

Procedió este brillante conjunto de unidades de las factorías de la Sociedad Española de Construcción Naval. Este largo proceso de construcciones capacitó todavía más a nuestros obreros y técnicos, que tradicionalmente significaban un elemento inapreciable. Porque, efectivamente, de todos los sectores de la industria pesada, en la industria naval tuvimos una especialización ininterrumpida. Esta industria naval es difícil de ser improvisada. Para que cristalice antes necesita un período de sésenta de adaptación.

La imponderable mano de obra halla ocupación y se conserva y perfecciona en las Factorías de la Sociedad Española de Construcción Naval. Precisamente las nuevas construcciones absorben considerable mano de obra, realizando dos objetivos: contribuir al bienestar de las clases productoras. Aunque hay que señalar que los programas navales a acometer deben ser pensados con independencia de estas exigencias de carácter social, y a base sólo de principios técnicos de defensa nacional.

Resulta que la industria naval desvela y moviliza a otras industrias auxiliares y propaga el trabajo por toda la región en que reside.

Esto es lo que ocurre en la reanudación en Cádiz de esta actividad.

C. BERMUDEZ

Año I - Madrid, 15 de febrero de 1942 - Núm. 7



SAN JUAN DE LA CRUZ

PORTADA, de Manuel Egüa.

LA MÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ, fragmentos de una conferencia de Su Ilustrísima el Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo; viñetas de Alegre y L. Reiz; página 3.

DE UN CORAZÓN SENCILLO, por Emiliano Aguado; viñetas de L. Reiz; página 4.

EL SABOR DEL MILAGRO, por Luis Rosales, con un dibujo de J. R. Escassi; página 5.

SAN JUAN DE LA CRUZ Y LOS INTELECTUALES ESPAÑOLES, por Fr. Bruno de San José, carmelita; dibujo de Gabriel; página 6.

SAN JUAN DE LA CRUZ Y LOS REDUCTOS DE LA FE ESPAÑOLA, por Pedro Mourlane Michelena, con viñetas de Gabriel y Alegre; página 7.

BIOGRAFÍA, ANTOLOGÍA DE LOS ESCRITOS Y BIBLIOGRAFÍA DE SAN JUAN; ilustraciones de Carlos Tauler, páginas 8 y 9.

SAN JUAN DE LA CRUZ, ESTUDIANTE UNIVERSITARIO EN SALAMANCA, por el P. Crisógono de Jesús, carmelita; ilustración de Serny; página 10.

EL POETA DEL AMOR, por Luis Felipe Vivanco; dibujo de Escassi; página 11.

MÍSTICA Y RAZÓN EN SAN JUAN DE LA CRUZ, por José Antonio Maravall, con dibujos de Serny y L. Reiz; página 12.



Los Astilleros de Cádiz, propiedad de Echevarrieta y Larrinaga, prestaron un eficaz auxilio durante toda la campaña de la guerra de liberación, tanto a la Marina, para lo que estaban preparados, por tratarse de una factoría naval, como al ramo de Guerra, a cuya disposición pusieron todos los elementos apropiados a esa clase de trabajos.

Pero, además, hubo de adaptar parte de sus instalaciones para aplicarlas a la reparación de locomotoras, ya que las instalaciones que tenía la Compañía de M. Z. A. en San Jerónimo eran insuficientes para las atenciones del servicio ferroviario de la zona nacional en el Sur, contribuyendo con ello a establecer en lo posible la normalidad del servicio ferroviario en esta zona.

El sector de trabajo de reparación de material ferroviario, que en principio fué únicamente en locomotoras y

ténderes, después fué ampliado a vagones y coches (principalmente los primeros), con lo que se ha conseguido sostener la maestría, conservando el personal obrero, y esperar así el resurgimiento de la construcción naval, hecho que ahora se manifiesta, teniendo en la actualidad el encargo de construcción de varios buques, con máquinas de vapor recalentado, que se construirán en sus propios talleres, proponiéndose ahora continuar con la construcción y reparación naval—para lo que cuentan con un dique flotante instalado en la dársena de su propiedad—y con la construcción y reparación de material ferroviario: locomotoras, coches y vagones.

También se construyen en esta Factoría actualmente motores Diesel, patente española A. T. O. S., con destino a Guerra y a otros clientes civiles, y con destino principalmente a la construcción naval.

La mística de San Juan de la Cruz

(Fragmentos de la conferencia pronunciada por S. E. Ilma. el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo y Garay, en el Instituto de España.)

HABLAR tan sólo unos minutos de la Mística de San Juan de la Cruz es tarea fácil a la vez que difícil. Fácil por lo abundoso de la materia; difícil, hasta rayar en lo imposible, porque ni los más hábiles esfuerzos de la síntesis lograrían condensar en pocas cuartillas todas las peculiaridades magistrales de la Mística de San Juan de la Cruz.

La primera, sobre la originalidad, que es nota peculiar de nuestro doctor.

No se hallará un predecesor suyo en la exposición de la doctrina mística, de quien dependa en método, sistema o ideas, ni menos aún en la forma de expresarla, es a saber: un compendio en celestiales versos, y la desmenuzada exposición en sabrosísima prosa, llenos unos y otra de majestad y de dulzura, de naturalidad preñada de profunda doctrina, de risueñas imágenes rebosantes de vida y de gracia, de arrebatados sentimientos, de finos y dulcísimos amores.

La segunda es sobre su imaculada ortodoxia. Nadie tropezará en sus escritos no diré ya con heterodoxas doctrinas de falso misticismo, tanto del indico y el alejandrino como del que reasumió Espinosa, pero ni aun con leves resabios de error, que deturpan a otros tratadistas ya de buena ya de mala fe. La Mística de San Juan de la Cruz es de oro puro y sin mezcla; bastarían tres hechos para demostrarlo: el haber sido aprobada cuando tan alerta se vivía, en el siglo en que fueron condenados los errores de los iluminados y los quietistas; el haberlo constituido en maestro y guía suyo todos los teólogos místicos; y por fin, el haberlo proclamado la Santa Sede doctor de la Iglesia Católica.

Haste algún que otro texto, más para regalo de nuestro paladar que para comprobación doctrinal. Ved con qué linda frase expresa que a pura luz de fe; o sea, ciega ya, de deslumbrada, la razón, y por eso "de noche", como dice el Santo, el alma contempla y ve la trinidad de personas divinas:

"Bien sé que tres en sola una agua viva residen, y una de otra se deriva, aunque es de noche."

Y veamos cómo expresa en muy pocos versos la doctrina que otras veces expone en casticísima y sabia prosa, sobre el contraste entre el adormecimiento, el pasajero apagamiento de la vida sensitiva y el eclipse del raciocinio por una parte, y los raudales de luminosa ciencia que trasciende todo humano saber, por otra:

"Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo."

Estaba tan embebido,
tan absorto y alienado,
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado,
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo."

Y que los estados místicos sobrenaturales no son fruto del genio, de la edad, del "tono vital" al de la subconsciencia, sino de sólo Dios, que por amor de predilección da gracia, que no excluye la libertad ni el mérito, para visión intelectual y amor de adoración, ved cómo lo expresa:

"Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían:
por eso me admirabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían."

Quien sintiese maravilla ante esa cesación de las funciones de unas potencias por la vehemente y agudizada actuación de otras, advierta que ese fenómeno psi-

quico nos es connatural, y que la acción divina sobrenatural en nosotros no destruye la naturaleza, ni prescinde de ella, ni la substituye, sino se le acomoda, para elevar el alma a la perfección. Así como hay excitaciones sensuales tan vehementes, enardecidas y arrebatadas que privan del juicio de la razón hasta el punto de ser atenuantes y aun eximentes de responsabilidad moral, por semejante aunque contraria manera, absorbe a veces el alma una idea con tal deslumbramiento que se borran las otras, se pierde la noción de las circunstancias y redonda la ahincada actuación intelectual en desmedro y descaecimiento del cuerpo. Todo esto es natural y hasta frecuente, sin penetrar las lindes de la patología.

Pues ¿qué no será cuando la más alta potencia humana—el entendimiento—se une a su más excelso objeto—Dios—, y no por vuelo de humanas alas, sino por sobrenatural elevación, con luz divina infusa es sumergida en la Verdad y la Belleza sumas? ¿Qué estrella no se eclipsará ante ese sol? ¿Qué verdad no emudecerá ante la infinita Verdad? ¿Qué funciones de vida inferior no desatenderá el alma para atender estotra tan sublime que excede la capacidad natural? ¿A qué llamada de los nervios del cuerpo, por presurosa que sea, no estará insensible ese alma? ¿Qué bien ni que mal terreno podrá distraerla de la absorbente belleza en que se embebe y arroba la voluntad, embriagada del mas alto gozo, preguistación y anticipo de la felicidad eterna?

Una opinión teológica ardorosamente dada y defendida por ese astro de primera magnitud, gigantesca gloria de España, que es el beato Raimundo Lulio, opinión que corre como doctrina escotista, a



posar de que Escoto sólo tendría once o doce años cuando ya Lulio le enseñaba, sostiene que el Verbo divino se habría encarnado aunque no hubiese habido necesidad de redimir al humano linaje. Dios, según esa bellísima teoría, decretó ab eterno, tomar naturaleza humana para allegarse de la forma más íntima posible al hombre, al microcosmos, único en que se juntan el mundo espiritual y el material, para que en él todo ser creado alcanzase su último fin.

Así la divina gracia del Hombre-Dios la participarían, como hermanos por la común naturaleza humana, todos los demás hombres; esa gracia los llevaría por sendero de flores y de dichas hasta la consumación de su felicidad en el cielo.

La desobediencia de Adán, cabeza de todos los hombres, modificó esos designios. Sobre el cuadro de la creación del hombre cayó la mancha del pecado. Y a los designios de la Encarnación del Verbo añadió Dios la nota de la Redención, como ineludible medio de conducir al hombre a la felicidad.

Pero ya, tiene que ser otro el sendero; las flores y la dicha han de ceder el puesto a los sufrimientos y las espinas; el desordenado placer, que es el pecado, no se puede cancelar más que con su contrario: el merecido dolor. La divina gracia ha de conducir al hombre a través de brasas purificadoras hasta la cumbre de la pureza en que lo aguarda la suprema felicidad.

Via dolorosa y amarga, de dureza y abnegación para lo sensual, pero único medio de libertad y redención para el espíritu.

Mas Dios hecho hombre no abandona jamás a la Humanidad, y así como bajo el peso de la cruz y aun clavado y agonizante en ella, gozaba la felicidad divina, así también el alma que se purga en el crisol del dolor, ya pacientemente soportado, ya valerosamente y por amor de Jesús buscado y procurado, la enriquece con soberanos consuelos; y cuando el desasimiento de lo sensual, la superación de los instintos naturales dejan libre de la pesadumbre de la materia al espíritu, el misero mortal se transforma en imagen del Hombre-Dios, queda lo natural señoreado por lo sobrenatural y divino, y Dios se muestra a los ojos del alma y la allega a Sí y la enciende en viva llama de amor.

Esa es la vida mística.

Desde que nació la Iglesia ha florecido en ella, embalsamando la tierra. Nunca han faltado ni faltarán esas almas privilegiadas. Y porque es tan difícil ganar tal altura, y fácil errar el camino, siempre ha suscitado Dios escogidos ministros Suyos que fuesen guías y maestros.

En nuestro Siglo de Oro, venturosa época en que Dios derramó a torrentes sobre España sus gracias y sus glorias, nuestra Patria fué vivero de grandes maestros de la vida mística. Si el tiempo lo consintiera, con qué placer me pararía a deciros algo sobre especialistas de la más alta vida espiritual, tales como Talavera, Osuna, los dos Luises, Avila, Estella, Laredo, Simón de Rojas, Rivera, Malón de Chalde, Alonso de Madrid, Jerónimo Gracián, Juan de los Angeles y muchos más.

Pero la más alta y luminosa cátedra la ocupan Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Teresa desarrolla su doctrina no con disciplina de escuela, sino con familiar soltura hogareña, con femineil delicadeza y solícitas ternuras maternales; Juan, con rigidez de preceptor, lógica inflexible y varonil autoridad.

Teresa une a su nombre el de Jesús, panal de dulzura; Juan, el de la Cruz, sola, dura, aspera.

Ambos comunican lo que por doctrina recibida y por feliz experiencia aprendieron; pero Teresa se exploya describiendo con preferencia las maravillas de la acción divina en el alma y las regalados influjos del divino amor; Juan alumbra más detenidamente la noche oscura de la vía purgativa, guía por la única senda, empinada y áspera, que lleva al tálamo divino.

Describe Teresa las moradas del castillo espiritual; Juan pone su empeño en cimentarlo realmente.

Teresa, niña aún, emprende la frustrada aventura de escaparse de casa para buscar el martirio en tierra de infieles; Juan martiriza su egoísmo asistiendo con solícita caridad a los enfermos y entrega su inteligencia a la labra de los estudios; las letras, la filosofía, la teología le rinden sus preciados secretos.

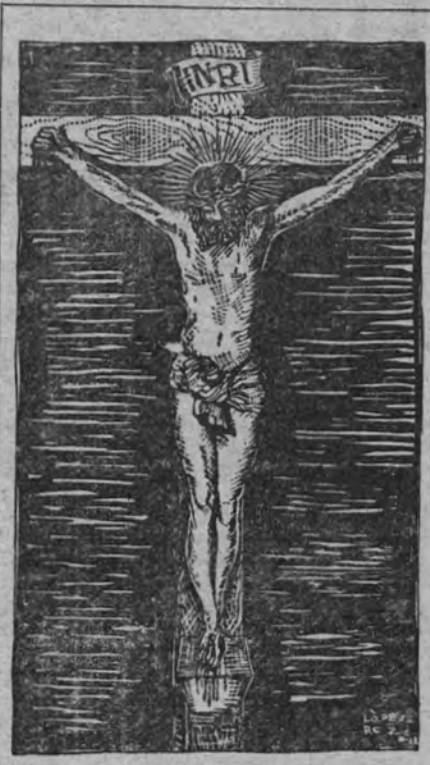
Y Dios los junta luego en la práctica y la enseñanza de la vida mística y en la reforma de la Orden más venerable por su antigüedad en la Iglesia.

No hay repliegue de la vida psicológica que se oculte a los sondeos de Teresa y de Juan, ni hay arte ni arteria de tantas como el espíritu malo usa para esclavizar al hombre, que ellos no las descubran para desatar las almas y que puedan volar a Dios.

Y ambos son dechados de actividad y de optimismo.

¿Quién habló de pesimismo en la vida mística? Sólo los que carecen de sentido cristiano, sean racionalistas o creyentes tibios e inmortalizados, pueden temer que el vencimiento de lo sensual sea fecundo en tristezas. Los campos abandonados son los feraces en abrojos y zarzas espinosas; el cultivo no produce sino flores y sabrosos frutos.

La abnegación, la penitencia, el amor al sacrificio eran la perenne fuente de la



serena paz y el gozo espiritual de San Juan de la Cruz; la mortificación que practica y enseña es así como fatiga de arada y sudores de escarda, aegrados por la confianza de ubérrima cosecha; su muerte al mundo es como el encerramiento del gusano en su capullo, cuna de esa flor voladora que llamamos mariposa. ¿Cómo ha de ser tétrica y tenebrosa la muerte del sentido, cuando es para tan feliz transformación?

Meditanuo en la pasión y muerte amorosa de su Amado y tibando en el cielo abierto de su costado, formó los panales de miel del "Cántico Espiritual" y "Llama de amor viva".

Ardía de sed, pero refrigerado por gozosa esperanza; pesabanle como cadenas de penoso cautiverio los días y las horas de la vida terrena, por el gozo que le embriagaba pensando en el cielo; en trocar la esclavitud de los sentidos por la del amor de Dios, y en morir a la sensualidad para gozar las blandas caricias estaba el venero inagotable de su felicidad y su alegría.

Oigámosle a él mismo.

"Dej agua de la vida
mi alma tuvo sed insaciable;
desea la salida
del cuerpo miserable,
para beber de esta agua perdurable.
Está muy deseosa
de verse libre ya de esta cadena,
la vida le es penosa
cuando se halla ajena
de aquella dulce patria tan amena." (1).

"¡Oh cautiverio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sape,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida ¡a has trocado!" (2).

Juan de la Cruz respira siempre gozo, felicidad y alentador optimismo; la fruición de sus contemplaciones extáticas revestían de inmaculada e inocente belleza el mundo; y así, montes, valles, riberas, leones, ciervos, gamos saltadores, aguas, aires, ardores y las aves ligeras, y miedos de la noche guardadores; las montañas, los valles solitarios nemorosos, las insulas extrañas, los ríos sonoros, el silbo de los aires amorosos; la música del aire en la enramada, las fuentes y ariales, los prados esmaltados de florecillas, los oteros, los sotos y hasta las humildes rústicas majadas, todo desfila por sus poesías revestido de serena luz de belleza; la luz de felicidad que derramaban sus ojos lo embellecía todo; como decía él de su Amado: que yéndolos mirando vestidos los dejó de hermosura.

No compuso San Juan de la Cruz sus maravillosos libros para darlos a las prensas; ni siquiera pensó que pudieran publicarse; movieron su pluma los ruegos

(1) "Ibidem", pág. 136.

(2) "Ibidem", pág. 164.

(Continúa en la página 13)



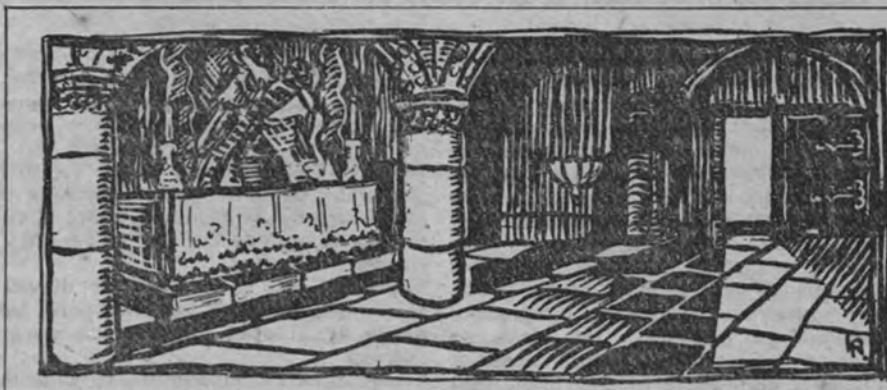
DE UN CORAZON SENCILLO

Por EMILIANO AGUADO

HE seguido tus consejos, amigo mío, y he aquí un momento dichoso en esta soledad desde que quiero escribirte: acabo de cerrar la última página de las obras que nos ha dejado San Juan de la Cruz, según me pediste a manera de experiencia íntima y según te prometí para darme cima a un anhelo que me desazonaba desde hace algunos años. ¿Qué enjambre de sentimientos, de vislumbres, de ideas y de dulzuras se ha levantado en mi interior! Cuando leí por vez primera las obras de San Juan de la Cruz me parecían como un fruto maduro de la primavera de la vida y del amor, pero no vi en ellas lo que ahora me revelan sin esfuerzo y sin vaguedades. Estaba yo en aquella sazón entregado con afán al descubrimiento de los secretos que comporta mi alma, sin tregua ni descanso, buceaba en libros ilustres y en las memorias de grandes creadores para que se hiciera la luz en lo que me llenaba de ansiedad y de incertidumbre. En aquellos días de estudio y de meditaciones sin cuento animaban mi empeño las empresas que acometió la filosofía a partir del Renacimiento, y cuando me acercaba a los antiguos filósofos los miraba desde el mundo que había madurado en el pensamiento de la Ilustración, que tantas hazañas portentosas ha intentado en Europa y tan egregios libros ha dejado como rastro luminoso de su intento.

Y el alma en soledad, rodeada de libros y de afanes infinitos, no encontraba la paz por ninguna parte ni acertaba en manera alguna a decir con palabras nada comprensible de esa honda paz en que vivía envuelta, como todos vivimos en el aire que respiramos y en la luz que nos alumbramos los caminos del mundo. ¿Con qué dulce melancolía recuerdo aquellos años de soledad y de vocación! No entendía en ellos las obras de San Juan de la Cruz, ni otras que ahora voy recordando, como la avaricia se obstina en recordar el tiempo perdido con esfuerzos sin tasa; pero fueron aquellos años de dulce ansiedad y de apartamiento los que me dieron muchas de las cosas que estimo irrenunciables en la comprensión de las aspiraciones humanas. ¿Cómo va a entender lo que pasa en un corazón dueño de sus destinos quien no se ha angustiado algún día en su soledad como en un desierto que tuviese el encanto de anegar nuestra voz sin devolvérsela? ¿Cómo es posible que goce del sosiego que se respira en las obras de San Juan de la Cruz quien jamás lo ha perdido? Quizá todas estas cosas sean posibles, amigo mío, pero yo prefiero decirte con sencillez lo que me han hecho pensar y sentir las obras de San Juan; quédate para hombres más doctos y perspicaces la tarea de descubrir errores en los demás. Después de todo, el error es una manera de vivir, que puede hallarse todo lo alejada que tú quieras de la lógica, que es, según dicen, la que entiende de estos achaques, pero, querido amigo, ¿qué tiene la lógica que hacer en estas cosas? Prefiero recordar con el alma en carne viva las palabras de Goethe: yerra el que aspira. Y con esta osadía nacida de la humildad más entrañablemente humana, voy a decirte algunas cosas sencillas que me ha revelado esta lectura sosegada y deleitosa que acabo de hacer de los libros de San Juan de la Cruz.

Lo primero que encuentro es una suavidad que embarga el ánimo; parece que las cosas, en fuerza de mirarse como son y de hacérselas sentir como pide la intuición lírica más pura de todo lo creado, pierden sus aristas y nos revelan una atmósfera de tibieza y de luminosidad que presta encanto y valor humano a todo lo que va saliendo a nuestro paso. Tan plenaria es la posesión de las cosas, que se nos antoja obra de un corazón entregado a su deleite y perdido en su contemplación. Luego, a medida que nos perdemos en versos y comentarios, nos percatamos de que esa mirada que revisa de luz y de encanto las cosas más



sencillas viene de lo alto y de lo hondo; no se colma en la contemplación de las cosas ni se pierde entre ellas como un peregrino enajenado en un mundo de maravillas. Lo primero que me ha enseñado San Juan de la Cruz en esta segunda lectura de sus obras que acabo de hacer es que la contemplación de las cosas, para ser honda y entrañable, tiene que manar como el agua pura de lo más hondo de nuestra vida. Las cosas no se ven cuando se las mira como si fuesen islas perdidas en un mundo que es ajeno a nuestras esperanzas, a nuestras angustias y a nuestras alegrías. ¿Qué torbellino de ecos indecibles acude a mí cuando pienso en lo que era al leer, hace ya muchos años, las obras de San Juan de la Cruz! Ahora veo con toda certidumbre que no somos capaces de entender lo que hay en la cosa más sencilla de la vida cotidiana sin una íntima y sagrada visión del mundo en la inmensa riqueza de los seres y los astros que lo habitan, en su imponente despliegue a lo largo de siglos y de siglos y en su origen inefable allá en la lejanía en sombra y en misterio del tiempo.

Ni la cosa más humilde podríamos conocer sin esta inefable comunión con el mundo. ¿Qué puede hacer la voluntad humana afanada en las tareas del conocimiento? Ahí están las creaciones ingentes de la filosofía que domina en Europa a partir del Renacimiento; se nos revelan como las más altas conquistas que ha logrado el esfuerzo humano, se nos aparecen al cabo de los años y después de tantas y tan terribles pruebas como hemos tenido que afrontar a la manera de soliloquios palpitantes de vida y de ensueño que nos abandonan en nuestra soledad y nos incitan a creer que este abandono en la angustia y en la incertidumbre de sí mismo es una manera de vivir y de esperar. Recuerda, querido amigo, los solitarios del siglo pasado, tan distintos de los solitarios de otros tiempos y tan angustiados con su irremediable soledad y sus afanes de salir de ella como se sale de una cárcel llena de torturas. Pienso en Nietzsche y en Kierkegaard.

Por todas estas cosas que te voy diciendo, tan sencillas que están al alcance de cualquiera, comprenderás que no me haya fijado mucho en lo que hay en las obras de San Juan de la Cruz tomado de otras obras. ¿Quién no ha tomado muchas cosas de los libros que más hondamente han dejado huella en la vida? ¿Tienen estas influencias alguna importancia? Si tomamos algo de un escritor de manera que aparezca en nuestras obras como mera copia, no hay para qué preocuparse de lo que hemos tomado; ahí está. Pero si las cosas tomadas aparecen en nuestras creaciones como piezas animadas de un nuevo sentido y con fines distintos, ¿por qué se habla de influencias? También podría hablarse, y con el mismo derecho, de la influencia de los hechos naturales, como una puesta de sol, una noche estrellada, una fuente que susurra en el silencio y un bosque en que canta el ruiseñor. No acierto a comprender, querido amigo, la importancia de todas estas influencias, que en muchas ocasiones ni siquiera son verdaderas, y que, aun bien probadas, no harían más que entretener por algún tiempo nuestra curiosidad, mientras no fuéramos presa de una pregunta muy sencilla: San Juan de la Cruz ha recogido en sus libros cosas de las Sagradas Escrituras y de otros libros muy leídos en su tiempo por los que llevaban una vida semejante a la suya; bien, ¿y qué se pretende con esto? Porque da la casualidad venturosa de que otros contemporáneos de San Juan sufrieron—si es lícito hablar así—las mismas influencias; ¿por qué en San Juan cobraron este sentido en que nos aparecen, tan distinto del que cobraron en otros escritores? Si intentamos salir de este atolladero con la respuesta de que en San Juan hay resonancias de obras que no las dejaron en ninguno de

sus contemporáneos, habrá que responder cumplidamente a esta pregunta: ¿qué fué lo que hizo que San Juan de la Cruz se fijara en cosas tan inadvertidas por sus contemporáneos y cómo obraba su alma, al resonar con ideas y sentimientos que no decían nada a los demás? Ya ves, querido, que no soy infiel al propósito que anima esta carta de hablar con sencillez y decir sin miramientos todo lo que se me viene al pensamiento.

No es cosa de poca importancia el preguntar ahora por qué las Sagradas Escrituras, que cobran vida y poesía inefable en los libros de San Juan de la Cruz, han dejado huella tan mezquina en las obras que se han escrito en los últimos siglos, haciendo una o dos excepciones. Contéstese a todas estas preguntas de una u otra manera; el poeta incomparable que hubo en el corazón de San Juan de la Cruz lo encuentra todo rico y jugoso, como hace el hombre noble en todos los menesteres de su vida; y si los campos, las fuentes, las flores, el mar y los pájaros cobran esa fuerza de expresión y de presencia en las obras de San Juan, es porque su mirada manaba de una inefable comunión en que se pierde el alma en fuerza de quedarse a solas consigo misma y en esta dichosa enajenación alumbraba todas las cosas y todas las experiencias más hondas de su deli-



quio con una luz nueva en que se revela el misterio como estremecimiento y la santidad como un camino infinito de piedad y de gracia.

No cuesta poco esfuerzo acomodar la intención a lo que va encerrado en los versos de San Juan de la Cruz. Resulta que todas esas impresiones vivas y llenas de plenitud que dejan cosas y vicisitudes de la vida ordinaria, que se nos antojan cargadas de sentido en sí mismas y con belleza y enjundia bastantes a inundar el alma de afanes líricos, no son más que símbolos fugitivos de una realidad que no cabe ni en la significación de la palabra humana ni en el torbellino desenfrenado de anhelos y presentimientos que nos llena de ansiedad y de sosiego. Hace falta, para mirar todas las cosas con esa quietud dulcísima que se nos revelan en San Juan de la Cruz, una entrega plenaria al mundo que está en torno nuestro o una contemplación placentera y silenciosa que derrame su encanto y sus deliquios sobre todo lo que hay en la Naturaleza. También, querido amigo, podríamos encontrar en las obras de San Juan, además de esas frases o giros que ve la erudición paciente y laboriosa, modos de ver el mundo y de expresarlo en palabras y en sentidos; y en este camino aventurado se podría topa con lo que el Renacimiento dejó en las obras de San Juan. Pero ya hemos dicho más de una vez que aun suponiendo que la personalidad fuera un mero mosaico de influencias, habría que explicar la íntima diferencia que hay entre un hombre y otro, esa diferencia que ni puede borrarse ni reducirse a términos co-

munes de comprensión, por la manera peculiar de anudarse esas influencias que vienen como señales de un mundo ajeno al hombre y al artista.

En San Juan de la Cruz encontramos tantas cosas como sea capaz de descubrir nuestra alma en cada uno de sus estados de madurez; cuando leí sus libros me parecían muy distintos de lo que me parecen ahora; vi cosas que hoy no creo importantes y no vi las que, en estos momentos que empleo en escribirte, son decisivas en mi juicio y en mi íntima experiencia de esta poesía tan luminosa que permite como suelo nutritivo el fondo de doctrinas que nos da el poeta en sus comentarios.

Cuando quiero poner fin a estas líneas, trazadas sin orden ni concierto, a la luz de sentimientos y vislumbres que hace muchos años no habían cantado en mi alma, veo que apenas te he dicho algo de lo que me proponía y que, en cambio, he dejado en estas cuartillas cosas de que no pensaba hablar. Y como no quiero que se pase una de las que más importan en un hombre y en una obra poética como son San Juan de la Cruz y sus escritos, voy a decirte sin rodeos: Ese amor con que se nos pintan los fenómenos de la Naturaleza, mana de una fe que se ha hecho clara en la conciencia; ya hemos hablado muchas veces de esos pobres de espíritu que encontramos en la vida, que no saben lo que creen, de los que creen en más cosas de las que ve con claridad su pensamiento, y de esos otros pobres de alma y de corazón que pretenden engañarse y engañarnos con una fe inerte, que no tiene vigor para alterar una sola de sus decisiones. La poesía de San Juan de la Cruz mana de fe sosegada, ni desdeña los hechos naturales para servirse de ellos como el músico de su instrumento, ni tiene esas estrecheces que ensombrecen las cosas en fuerza de aislarlas de las que están junto a ellas.

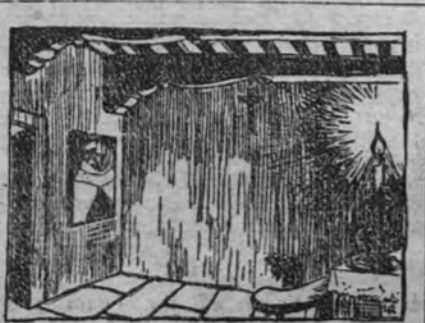
Lo que se aprende con calma, con dulzura y con amor en las obras de San Juan de la Cruz, querido amigo, es...; no te asustes, es una lección sobre el destino saludable de la fuerza en nuestra vida. Se tiene capacidad de comprensión y de amor en la medida en que se es lo bastante poderoso para dominar más cosas; los que no se arriesgan a la empresa de pensar y de indagar no creen de veras en nada con pasión. Los que creen y son dueños de su fe, como San Juan de la Cruz, como Santo Tomás, como San Agustín, se arriesgan en las tormentas de la vida interior y las ponen a su servicio. Y a propósito de las influencias y de todo lo que acabo de escribir, quiero que veas cómo la intuición de la Naturaleza, que vivió el Renacimiento por obra y gracia de la inspiración de San Juan de la Cruz, nos aparece penetrada de claridades sagradas y trocada en símbolo de una realidad más fuerte que las mudanzas del tiempo y las pasiones de los hombres.

Si esta carta tan larga me hiciese creer que tengo derecho a aconsejarte algo, te diría que sigas la huella de San Juan de la Cruz, que en lugar de encoger el ánimo y no estudiar las cosas nuevas que llegan sin tregua a nosotros, procures entenderlas, porque solamente así podrás convertirte más tarde en poderes a tu servicio. Todo lo que no hemos sido capaces de entender nos aguarda como un enemigo que, tarde o temprano, acabará venciéndonos y señoreando en nuestra derrota. No comprendemos en la medida en que somos débiles, no sentimos el afán de comprender en la medida en que nuestra fe, más soñada que vigorosa, no obra en nuestra vida y nos sirve únicamente para dejar un nimbo de seguridad en todo lo que hacemos o pensamos que se parece mucho a la calma del bruto o a la frialdad de corazón y de mente que padece el impio.

(Viñetas de L. Rois.)

CERAMICA INDUSTRIAL
MANUEL PINILLA
Carretera de Pastrana
ALCALA DE HENARES
ESPECIALIDAD EN MATERIALES
DE CONSTRUCCION

PERFUMERIA HUERTA
LUCAS DEL CAMPO, 2. Teléfono 32
ALCALA DE HENARES (Madrid)



EL SABOR DEL MILAGRO

Por LUIS ROSALES

ES el año de 1591, el 13 de diciembre de 1591. No lo debemos olvidar. Cuando pase la noche, con la primera luz del día siguiente, vamos a entrar en una nueva era; con la primera luz de la mañana se va a borrar del mundo el sabor del milagro. Mucho tiempo tardará el hombre en comprender lo que ha perdido. Quizás no llegue nunca a comprenderlo enteramente. A partir de este día ha cesado de impulsar al mundo la voluntad, la lumbrera del espíritu, "la llama de amor viva", y va a empezar su dilatado señorío la luz de la razón. No volverá a expresarse colectivamente el alma humana de una manera tan elevada y al mismo tiempo tan intensa y tan noble.

Es el 13 de diciembre de 1591. Estamos en la noche de las postrimerías y en el convento carmelitano de Ubeda. Este convento, de fundación pobre y reciente, tiene dos pisos y una pequeña hornacina con la Virgen del Carmen sobre el dintel. En el piso segundo hay una habitación pequeña y fría. Al decir de sus biógrafos, por ser la más humilde y miserable, la ha escogido fray Juan. Tiene un techo de madera, alto y húmedo, que sirve de alero al tejadillo del convento. Una sola de sus paredes, aquella donde descansa precisamente la cabeza del Santo, se encuentra blanqueada. Las demás, desnudas y sin revoque alguno, corren la suerte del ladrillo. Una sola ventana, no muy alta, comunica este camaranchón con el campanario. Junto al escaño, sobre la mesa, la luz de dos candiles sigue el impulso del viento, llevando a los rincones alternativamente penumbra o claridad. Hay un silencio estático, creador, maravilloso. De pronto salta el silencio hecho pedazos. Llena el ámbito un sonido muy próximo, casi inmediato y violento, que estremece la habitación de extremo a extremo. Son once campanadas largas, vibrantes, inacabables. Sobre un camastro, adolorido por una fiebre pertinaz, descansa el Santo su agonía. Junto a su lecho, sentado en un escaño, le atiende un enfermero. Al escuchar aquel sonido ha mirado con piedad compasiva el rostro del enfermo. Ni uno solo de sus rasgos ha mostrado quejumbre o extrañeza. Sigue igual. Tiene los ojos abiertos, deslumbrados, sin que una sola hoja se agite en su interior. La piel, de una blancura mate, traslúcida, se ha ceñido a los pómulos. La boca, pequeña, descarnada, descansa todavía entre los brazos de la sonrisa. Y toda la dirección expresiva del rostro obedece al dolor, consintiendo, hasta que, poco a poco, afanosamente, lo convierte en dulzura. Es el cuerpo del Santo el que ha cambiado. "Y le vino a fatigar de tal suerte la dicha enfermedad — nos dice uno de los más amorosos testigos —, y a desflaquearlo y debilitarlo de manera que no se podía mover ni rodear en la cama, y así le pusieron una soga pendiente del techo en la cama, para que, asíndose a ella, pudiese moverse algún tanto." No podían ayudarlo a cambiar de postura, ni a incorporarse, porque aquel cuerpo débil, convirtiéndose estaba en llaga viva. Y la inmovilidad ocasionaba nuevas y afistoladas llagas en la carne del Santo. El las siente crecer avariciosamente; las sufre y las recrea. El piensa que el enamorado, cuanto más herido, más pagado. Y él ya hizo toda la carrera en el merecimiento del dolor. Apenas si

sus hermanos pueden atender a sus más estrictas necesidades si quieren evitar las reprensiones del prior. El Santo, que había buscado en Ubeda la estrechez, no pudo encontrar ciertamente más rígida hosquedad. Nunca se llevaron bien predicadores y teólogos. Son generalmente los predicadores gente inclinada a vanidad. No pueden encontrar en la propia satisfacción el cumplimiento de su obra. Predicador de nombradía es el padre Francisco Crisóstomo, prior en Ubeda y hombre tacaño, áspero y desabrido. Predicador también el Padre Diego Evangelista, que tanto aflige con su persecución y ensañamiento los últimos momentos de fray Juan. En cambio, junto al lecho del Santo le atiende un enfermero. Es hombre sencillo, de palabra escasa y vasto corazón. Son pocas las ideas que él puede recordar. Cuando recuerda alguna se le queda en la frente como un árbol. Y frente al terco desabrimiento del prior recuerda a todas horas las palabras

cura se le va convirtiendo poco a poco en sentimiento claro. El pensar, el antiguo pensar se le ha fundido ahora con algo vivo y cálido. Y siente que allá dentro de su interior se le derrama el alma. Quizás siempre suceda así. Quizás hay corazones tan sencillos donde no cabe la verdad. Quizás hay corazones tan fervientes que se derraman al conocerla. El es un hombre campesino que vive por sus manos, que no ha dudado nunca, callado y rezador. Se llama Diego de Jesús sencillamente, y en el convento carmelitano de Ubeda, él ejecuta siempre los menesteres más humildes. Los hace minuciosamente, complaciéndose en su obra, con una afición tan humilde y urgente, que aun no ha logrado convertirse en amor. Quizás hay corazones que se pasan la vida como los niños, viviendo del amor, sin comprenderlo. Y el don que le hizo el Señor, para premiar su ingenuidad, fué ofrecerle una vida tan sencilla como su conducta, tan sencilla que para él, para

instante, ha vuelto la cabeza bruscamente para ver al enfermo. Fray Juan ha dicho unas palabras, que hiciera él penitencia por poder recordar. Estas palabras, sin que sepa por qué, le han puesto en comunicación a él, tan de este mundo y tan humilde, con algo que le atrae y le trasciende, con algo donde la fortaleza, con ser tanta, tiene toque y unción de agua humilde de arroyo. Lo siente y nó lo cree, o, por mejor decir, nó lo comprende. La suspensión primero le oscurece el oído, y la humildad, que hace a los hombres pudorosos, le borra la mirada. Piensa que a fuerza de claridad, a fuerza de revelar su sentido, ante nosotros llegan las cosas más sencillas a convertirse en milagros. Milagro es que fray Diego oiga y no entienda, y milagro también que no recuerde en este instante que quien habló es fray Juan. ¿Quién pudo ser entonces? Los dos se encuentran solos en la celda. Pero la voz que ha oído y que le ha desprendido el corazón como un fruto maduro, no es la voz suya.

Era una voz que se aquietaba de dulzura entre las alas de la sonrisa, era una voz que por sí sola daba sentido a las palabras, y que se hacía a cada instante más íntima, con un sonido ahogado de alcaucil donde se sume el agua. Y las palabras que pronunciara, ahora, por vez primera las puede recordar. Las palabras son éstas:

"Porque en gloria y servicio de mi Dios tengo que ir esta noche a cantar los maitines al cielo."

A fray Diego se le nublan los ojos. El no ha llorado nunca. El era un alma pobre y sencilla que no supo de amor. Varias veces durante el día ha escuchado al enfermo decir estas palabras. Las ha dicho sencillamente, como el que expresa su voluntad de recibir un don. Pero ahora las ha repetido de distinta manera, las ha repetido como si lo que en ellas fué oración se le hubiese resuelto, allá dentro del alma, en confianza. Las ha dicho como si repitiera para sus hermanos una revelación. Y fray Diego ha comprendido que el corazón del hombre no puede por sí solo pasar de la seguridad a la certeza. Algo extraño estuvo junto a él, algo que ha levantado a su corazón el velo del misterio. Por vez primera ha comprendido enteramente algo. Estas palabras le hicieron dar el paso que del amor le separaba. Y ha reclinado, primero, la frente entre las manos para que no advirtiera el Santo la turbación de su mirada. Ha intentado rezar y no ha podido. Ya no era

necesario. Y después ha doblado sus rodillas y ha llorado y llorado entrecortadamente, pensando que acaso estuvo él mismo, tan de este mundo y tan humilde, junto al Señor, y no ha advertido su Presencia.

* * *

El frailecito nos describe de esta manera el tránsito del Santo:

"Y fray Juan pidió afectuosamente al padre prior le trajese el Santísimo Sacramento para adorarlo, y dijo estando yo presente muchas cosas de ternura y devoción que a todos los circunstantes les movió a devoción, y despidiéndose, dijo: "Ya, Señor, no os tengo que volver a ver con los ojos mortales." Pocas horas después tomó un crucifijo que tenía encima de la cama y comenzó a hacer algunos actos interiores, de modo que yo y los demás que asistíamos allí los oíamos, y es-

(Continúa en la página 13)



con que este frailecito, mínimo y dulce, contestara. "Y donde no hay amor, ponga amor, y sacará amor."

Hace ya varias horas que el Santo está transfigurado. Ha vuelto a crearse entre ellos, enfermo y enfermero, ese silencio maravilloso que une los corazones y hace que se fundan en él. Y ahora, dulcemente, celestialmente, ha dicho el Santo unas palabras. Al oírlas el enfermero ha tenido un gran desasosiego. Se siente arrebatado y no sabe por qué. Por primera vez en su vida ha intentado rezar y no ha podido. La dulzura le ha trabado la lengua. Y fray Diego no ha logrado todavía otra manera de oración. Tiene los labios juntos, embelesados en un quehacer dulce e inútil. Intenta recordar, haciendo un gran esfuerzo, el dicho del enfermo. No puede conseguirlo. Sólo percibe que le queda en el alma una impresión aguda de ascensión y desasimiento. Y más tarde, la sensación os-

Diego de Jesús, lo que no tiene nombre no tiene realidad. Tiene bajo la frente los ojos juntos, sólidos y oscuros como una yunta de bueyes quieta sobre la tierra de labor. La boca sumida como una grieta en una roca, y las manos, bajo el hábito, inútiles, campesinas, inexpresivas y obradoras. Cuando escucha, aunque se encuentre ante un solicitante, en su misma atención, hay obediencia. Trabaja infatigablemente y en cosas muy distintas. Trabaja, según dice con timidez a sus superiores, para encontrar a Dios. Sirve a fray Juan de enfermero quizás porque la enfermedad del frailecito es contagiosa. Su ingenuidad y su afición al Santo es tan creyente, que nos ha dejado de ellas este demostrativo testimonio. "Hago constar también que la materia que salía de las llagas del Santo no olía mal, y que bebí sin repugnancia de ella y me quitó el dolor de cabeza que por aquellos días tenía." Ahora, en este mismo

SAN JUAN DE LA CRUZ Y LOS INTELECTUALES ESPAÑOLES

Por FR. BRUNO DE SAN JOSE

UN hecho centenario nada tiene de singular. Todos los momentos de cada siglo sincronizan otros del anterior; pero no es ordinaria su conmemoración. Las contadas veces que el hombre arriba a una longevidad secular le es dado el disfrute melancólico, como de ocaso, de este privilegio, más prodigado en las edades primitivas. Al presente, tales conmemoraciones son atribución de grupos o entidades societarios, como dotados de supervivencia más perdurable, y casi encomienda obligatoria de una ley social.

El motivo de la fecha conmemorativa puede ser variadísimo. Fácil es anotar diferencias entre tales conmemoraciones según sean civiles o religiosas, y no es la menor la fe en la valía del homenaje tributado. Aun con la creencia en la vida de ultratumba, los homenajes civiles evocan y exaltan la memoria del héroe, sabio o filántropo, y son un laudo a su ejemplaridad; pero tenemos la convicción de que no afectan a su persona, sino cuando se les supone eternizados en un meridiano celeste. Al P. Granada sonaban a lamentos las alabanzas escolásticas a Aristóteles. Porque la vida radicalmente no es más que una ecuación ética entre nuestros actos y nuestros deberes, todo lo demás, si aquella no se resuelve, es responsabilidad deudora. Muerto el hombre y hecha un todo su vida, nada valen los calificativos elogiosos ante una sanción divina peyorativa. Que se honre a los malos es absurdo, pero no es extraño. Sabido es que entre los pueblos salvajes, algunas tribus veneran a los ídolos más repugnantes. Este instinto pudiera explicar algunas glorificaciones humanas por otros más cultos.

Los santos, cuya vida fué moralmente inconsútil y heroica, son los únicos a quienes, si Dios honra, no deben olvidar los hombres. Y cuando fueron sobresalientes en otras facultades humanas de sabiduría, carácter o beneficencia se suma al derecho de toda ejemplaridad moral la deuda de su legado humano a la sociedad. Pudiera añadirse aún otra razón: la del patriotismo. Es verdad que los santos tienen una personalidad católica, pero su oriundez humana les liga a una patria nativa. Por todo ello, incumbe a las jerarquías de la religión y de la patria satisfacer la justicia del homenaje debido, y a la aristocracia de la cultura la colaboración más decidida. Los santos son seres superiores; por eso las mentes toscas no pueden comprenderles.

La Iglesia y España celebran este año 1942 el IV Centenario natal de San Juan de la Cruz. En el nacimiento no tienen mérito los nacidos, pero, porque un buen fin honra toda la vida, también esa fecha cae dentro de la órbita de la glorificación. El humilde hijo de Fontiveros no ha tenido fortuna en su desposorio con la fama, que casi siempre le ha sido esquiva. Pero el preludio de este año centenario ha sonado en tono mayor y en coral magnífico. El Instituto de España, que es la Junta de todas las Academias, celebró el día 6 de enero sesión solemne para inaugurarle y ambientar su digna celebración nacional.

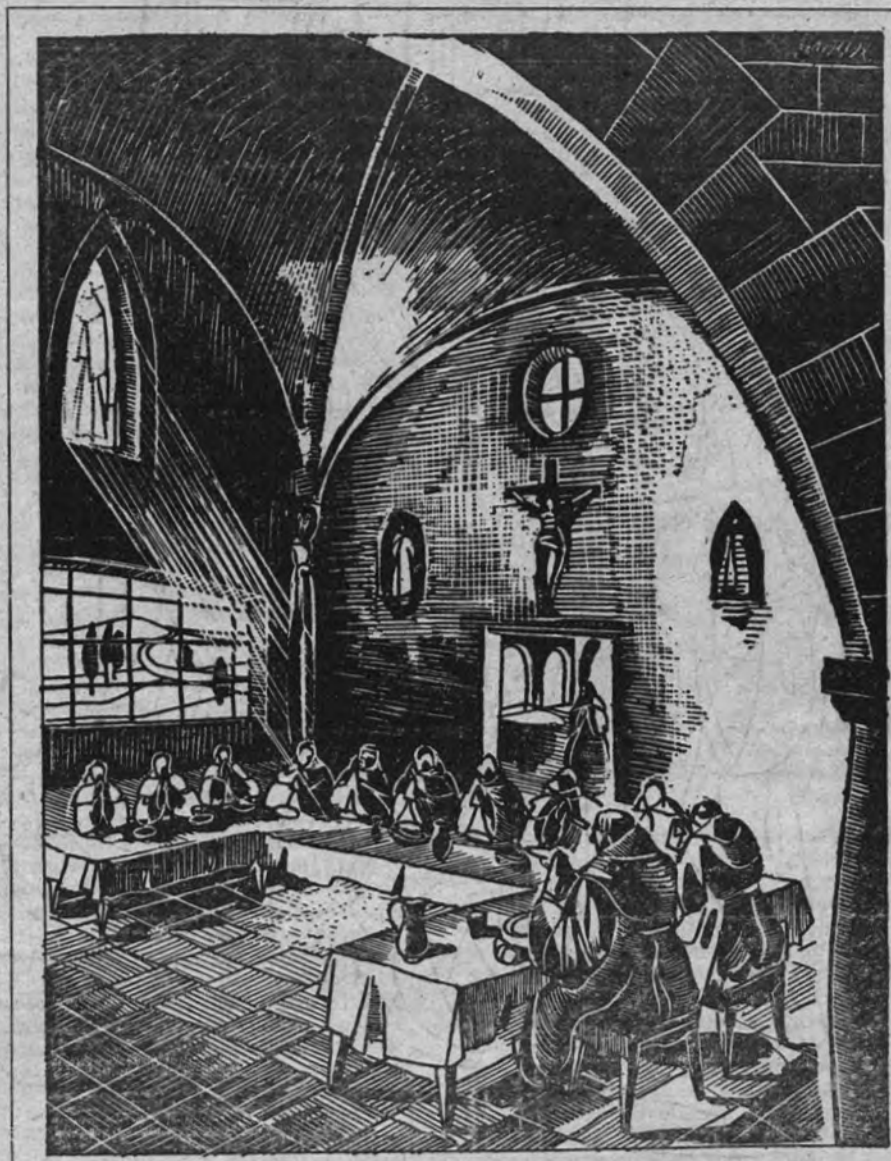
Por azares de la Reforma la vida de este santo está desencuadrada, incompleta. El mismo se vió en la precisión de quemar falgas de cartas y otros papeles, verdadero archivo del biógrafo. Nos dejó sus obras magistrales, y ellas y algunos lances de su vida le retratan de una personalidad tan superior que su amistad es patrimonio de las almas próceras por la inteligencia o la virtud. Para ellas es propiamente esta invitación. La gloria del pasado y su interpretación futura jamás ha sido labor de una voluntad colectiva. La masa gregaria tiene una dominante común: el instinto. La perfección es dote individual y privilegio de minorías, lo mismo en su logro que en el reconocimiento. Escalar las alturas es prerrogativa soberbia de las águilas, cuya generación es parca. A la muchedumbre le place más sestar en éxtasis de lugarto tentido al sol. Pues bien; un santo trascendente y un genio tan aguilero como San Juan de la Cruz no puede tener devotos y admiradores sino entre las almas aristocráticas, y ninguna con más vocación a este rango social que los sa-

bios que, por serio, han de ennoblecerse con la verdad religiosa, que es la mejor filosofía de la vida y la única sabiduría mística y sabrosa. Es de justicia que ellos sean sus panegiristas, singularmente durante este año centenario.

Un nuevo mundo se ofrece a la conquista de los intelectuales en el continente sanjuanista. Es axiomático la unidad de la sabiduría, y en el ápice de los sistemas integrales todos han puesto la ciencia religiosa. Para nosotros no cabe duda que la doctrina cristiana es la verdadera, y el enamoramiento que suscita su verdad en las mentes descubridoras, inquietas, pero sinceras y morales, apenas otean nuestro hemisferio, indica la posesión de esa prerrogativa. En la teología católica San Juan de la Cruz es quien más se ha elevado; su mística es la más concienzuda y por eso de más fundamento: parece un inmenso cono o triángulo que desde las huellas divinas derramadas por el suelo se encumbra

Magnífico apostolado el de nuestros teólogos y escritores mediante la exposición de la doctrina del Reformador del Carmen. A esta su labor no son comparables cuantos panegíricos se pronuncien, aun desde los púlpitos sagrados.

Hay además una razón cortejada por otras muchas, que aboga por el estudio de las obras sanjuanistas. En primer lugar, la casi desnudez biográfica deja al Santo con sus obras como el legado total de su vida. Esto que parece achicarle, le engrandece, máxime sabiendo que es evidente la impronta exacta de su existencia en la doctrina que contienen, porque no suele ser la hipocresía, sino el integristmo, entre la doctrina y vida profesada, la nota diferencial entre los santos y los meros aspirantes a serio. Así resulta tan ejemplarísimo el santo como admirable el sabio místico de la "Llama de amor viva" y puede tributarse a su personalidad el aplauso cerrado que merecen sus obras escritas, de mentalidad superior, aunque desconocida.



hasta la unidad simplicísima de Dios en vuelo en fe o en asomadas extáticas. De orientarse científicamente por reducción de los criterios al más trascendental y de las verdades a la primera y suma, San Juan de la Cruz es el guía más iluminante, hasta habersele adjetivado de ontologista, y hecho cierto es que por ello, en el movimiento de la intelectualidad racionalista moderna hacia el Catolicismo, le cabe mayoría de méritos. Esos sabios que del panteísmo idealista pasan al Catolicismo vienen confesando su conversión inspirados por la doctrina sanjuanista: por los libros de este doctor de la Iglesia se les filtró la gracia. El poderoso y realista análisis del alma humana, el desdoblamiento radical de cuanto no sea Dios o a El ordenado directamente en nosotros la lógica de sus raciocinios, que le lleva a conclusiones tan absolutas, el ensamble de toda la arquitectura de su castillo místico que forja la síntesis de nuestra sublimación divina, imanta y subyuga a esos nobles aspirantes al superhombre. La mística de San Juan de la Cruz es tan científica y excelsa que le convierte en regenerador cristiano,

En segundo lugar, esta bioteología mística es encarnación típica del genio hispano. Una de sus propiedades es ser eminentemente religioso. Inspiración y meta de nuestra historia—verdadero secreto de su grandeza—ha sido hacerla sagrada siendo natural, darla carácter teológico antes que guerrero, como Roma, y artístico, como Atenas. Hemos vivido y peleado, pero más por los dogmas que por las oílas; nos han interesado más los ideales que las haciendas, la honra que los barcos, la lealtad prisionera que la libertad roja. No es que hayamos excluido el interés en nuestras gestas. En todos los cálculos humanos, hasta en los más quiétescos, se dan aleaciones de egoísmo, aunque se engañen, pensando otra cosa, los poetas en sus rimas y los oradores en las peroraciones. El mismo ideal religioso persigue, aunque sea en la eternidad, el premio cedido por la renuncia de esta existencia menguada. Pero tampoco puede dudarse que el carácter español se ha troquelado en Zaragoza y Compostela con la mezcla de las tendencias más puras de la voluntad. Así

los santos son nuestros genios patrios más raciales.

Pues búsquese en nuestra hagiografía un hombre más trascendental—juzgo con criterio humano—que San Juan de la Cruz, uno más idealista a lo divino. Lo decimos orgullosamente, pero sin vanagloria, porque la piedad no está reñida con la verdad. Sus nadas... son renunciadas a las naderías terrenas por la locura santa de la unión con Dios. Si tratáramos de conjugar la geografía con la psicología, diríamos que esa circuncisión y ascetismo sanjuanista están plásticas en la desnudez de los oteros de su tierra natal, cuya elevación la ponen en nóviazo perdurable con los cielos. Tal fué la vida del Santo, "el hombre celestial y divino", según la calificación de Santa Teresa. Y su alma llegó a espejarse tan fielmente en sus libros, que no tiene otro tema, sino el de ese epitalamio, y sus palabras saben a Dios, que ha hermoñado y santificado todas sus páginas, al decir de Menéndez y Pelayo. Como ellas, su autor es imposible de medir con criterios humanos. Tan sólo los sabios tienen algún privilegio.

Finalmente, estamos en una época de transición porque nuevas formas advienen al cuerpo social, corrompido y decrepito. Toda regeneración humana es por las ideas, que soterradas, afloran en obras. Y porque las naciones no mueren y no restauran su sér sino por el mismo principio que les dió vida, España necesita ahora cultura religiosa la más aquilatada y trascendente. Y como ésta no se improvisa, es urgente volver a nuestro pasado religioso, al reinado intelectual de nuestros teólogos y místicos. Tal discipulado nos resultará mucho más beneficioso que las ínfulas de modernidad, creyendo que lo nuevo, por serio, implica supremacía y efectividad.

Estas consideraciones parecen una reconvencción a nuestros sabios para mayor estima de San Juan de la Cruz, evocación de nuestros ideales y labor de magisterio teológico-social. No es que su doctrina vaya a ser libro de texto popular. Pero desde luego lo ha de ser de los rectores y maestros. Corren ahora doctrinas de tendencia naturalista y pudieran ambientar una ideología extraña a nuestro destino en lo universal. Polarizados hacia Dios, no nos encantarán las sirenas de estas que parecen novedades y no son más que viejos gritos de instintos de carne y sangre. Hombres somos por el alma y divinos por el troquel en que fuimos creados. ¿Quién como el místico por excelencia puede recitarnos la epopeya de un paraíso perdido y cantarnos el himno de una patria redenta y sublimada?

A la lectura de sus obras, su biografía y doctrina, nos atrae la misma valencia de su forma literaria. No es fácil hallar otros libros donde las palabras tengan más plenitud de sentido, donde el concepto cabalque más libre y señor por la ruta de sus líneas, otros donde, como en Castilla, haya más luminosidad mental con ser tan íntimos y místicos sus conceptos, donde los frutos de la inteligencia o de la inspiración estén tan aromatizados de poesía. La levadura de sus rimas tan suaves, melódicas, acompasadas y líricas ha desarrollado la sutil filosofía y la altísima teología que encierra el comentario de sus escritos en prosa. La poesía, hija de los cielos, ha vestido la literatura sanjuanista con el ropaje de sus más bellas metáforas, entonado con las cadencias más acordes y encendido con los afectos más limpios y extáticos. Ninguno vió la creación con ojos más puros, ni descubrió bellezas más recónditas. Alma reconcentrada la suya, a poco que buceó en su interior dió con lo divino. El dolor, hermano de la gracia, hizo de él un Santo. Amó la soledad, estudió de las almas que por superiores se bastan a sí mismas, porque, aunque exteriormente limitadas, interiormente son infinitas. Se santificó y ha santificado sus obras. Y, al morir de santidad, nos legó este jardín de sus escritos imperecederos y doctorales.

Parodiando al maestro León, aunque carentes del santo, podemos contemplar-

(Continúa en la página 10)



San Juan de la Cruz y los reductos de la Fe española



Por PEDRO MOURLANE MICHELENA



DE tres mil y quinientos místicos en la patria de Osuna y de los dos Luises ha hablado un hispanista. ¿Es una lisonja? Pues no. En el 1942 de nuestra Era, como mil novecientos cuarenta y dos años antes de Cristo, la inteligencia es la prerrogativa más alta del hombre. Está en la frente la latitud en que el hombre no es corruptible. De la razón, luz entre sombras, recibe su dignidad nuestra arcilla precaria. Hasta creer es para nosotros, y lo ha sido para púgiles de la Iglesia, conocer. En su "Civitate Dei", Agustín, apologeta de hierro, sitúa los reductos de la fe oscura y le opone la fe inteligente, que no es la que cierra los ojos y ve, sino la que los abre y mira. La claridad a que se acoge no es la claridad que deslumbra con su centelleo, sino la que alumbrá nuestros límites. Tanto como del martirio, su ley de sangre, necesita de las corroboraciones incruentas del pensamiento.

Clemente de Alejandría, en su "Cohortatio ad gentes", pone la fe razonante sobre la fe que milita, pero no indaga. Ni el milagro, ni la profecía agotan los motivos de credibilidad en la apologética clásica. Aun partiendo de la revelación en cuanto palabra de Dios atestiguante, "locutio Dei attestans", la fe busca el juicio que la conforta. Los "criterios" no la cohíben ni la vedan, antes bien la nueve a escalar los montes. No hay riesgo en escribir que la alegación de evidencia, cuando las precauciones no la gradúan, no es viable en la controversia. Más que el misterio en plena luz es deseable la luz en el misterio, que es lo que el corazón, según la áurea sentencia de Orígenes, mendiga. En el dominio de la creencia, el corazón no se aviene a esperar a que el conocimiento le caiga como un rayo infuso en la parvedad de una espiga. Aquello de Jacopone: "Povertà alto sapere—disprezzando possedere", no

reza con la ciencia divina, como tampoco el "Povertà de questo vole—pan e acqua e orbe sole". No gusta el conocimiento de pobreza que se embelese ante sí misma. Ya Newmann se dolía de que los ingleses llamaran evidencia a la "common sense". El "buen sentido" es inteligencia degradada, y algunas veces no es ni eso, y Tertuliano, pese a la atribución secular, no creía, "quia absurdum est", porque es absurdo. Dijo que creía en la muerte de Cristo, "quia ineptum est", y en la resurrección, "quia impossibile"; pero argüía así: "Non adversus gentiles", no contra los gentiles, sino contra los creyentes incuriosos en herejía.

La fe no es irracional, aunque lo fuera la que en un heresiarca español, arquero de Cristo a su manera, se disparaba agoniosamente hacia lo alto. Nos contenta saber que desde la cátedra o desde el libro se aspira a sellar al adepto con la fe razonante, la de la "Summa" contra gentiles, la que le toma a la inteligencia las armas. Ese plantear los debates religiosos en la palestra del entendimiento anuncia un rumbo "intelectualista" que es el de nuestro cuadrante y un renacer de los estudios teológicos en la España de Vives, de Melchor Cano o de Suárez. Dialéctica pugna, sabiduría más que transimiento, arrobo o éxtasis de ascetas incandescentes, caminos más que atajos de la fe, que es disciplina, y no siempre don gratuito.

Hemos deseado que los polemistas de la fe no combatan, sino de tarde en tar-



de y parcamente, con textos de nuestros místicos, aunque les otorguen, eso sí, el valor que tienen en las letras españolas. Uno de ellos, fray Diego de Estella, escribía que Dios ha puesto en todo peso, número y medida; en todo, menos en la fe que trasciende del cálculo. Número, peso y medida excelentes son.

Hasta tres mil escritores místicos supone Menéndez y Pelayo que hubo en la España del Siglo de Oro. Por tres mil quinientos nos cumplimentó muy rendidamente un hispanista. Trescientos teólogos, le respondimos, nos halagarían más, aun nadie aquí ni más allá de los mares nos gane en reverencia ante San

Juan o ante los dos Luises, ante Francisco de Osuna o Malón de Chalde, ante fray Antonio de Madrid o Teresa. San Juan de la Cruz, por otra parte, es teólogo a su manera

"Entreme donde no supe
y quedeme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo."

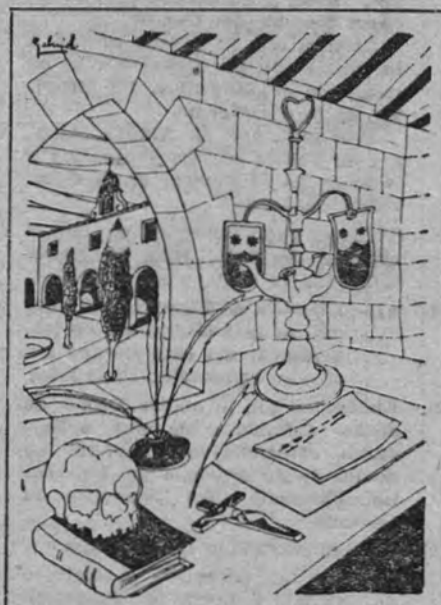
San Juan, aunque esté "tan embebido, tan absorto y ajonado", sabe bien dónde está, y su "entender no entendiendo" es un entender menos infuso de lo que algunos suponen. En las declaraciones que siguen, por ejemplo, al "Cántico Espiritual", el teólogo se tiene firme debajo del poeta, que pasa por filtros de luz conceptos que son doctrina aunque trasciendan la doctrina, como en realidad trascienden el propio idioma y el propio verbo con carismas celestiales

"Al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino."

O como el santo carmelita memorablemente dijo en sus "Avisos y sentencias espirituales": "No comer en pastos vedados, que son los de esta vida presente, porque bienaventurados son los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Lo que pretende Dios es hacernos dioses por participación, siéndolo Él por naturaleza, como el fuego convierte todas las cosas en fuego." Este fuego divino es el toque de centella que baja al idioma de San Juan de la Cruz y le confiere gracia inaudita, y es él mismo y no nosotros quien liga así dos voces que no parecían hechas para estar juntas. Si la poesía de San Juan de la Cruz trasciende del idioma, trasciende más aún de la "forma mentis" que los preceptistas estudian en los místicos. Dionisio Aeropagita había ya en el siglo VI de los grados por los que el alma del místico sube hasta unirse a Dios. Las tres etapas de entonces, la "catarsis", la "flamsis" y la "gnosis", son siglos después, la "purgatio", la "illuminatio" y la "unio substantialis". "Ilud licuit experire sed minime loqui" enseña Bernardo de Clairvaux, y nada es tan cierto como que estos "términos" no nos sirven para explicar la "Subida al Monte Carmelo", ni la "Noche Oscura", ni la "Llama de Amor viva". La ciencia que trasciende toda ciencia, en San Juan de la Cruz no cabe en los cuadros profesoraes por sutiles que sean. Para explicar la obra del santo fontivero hay que compartir alguna vez sus disposiciones íntimas y sustraerse a las demasiadas necesidades. "Y sepan—escribe el carmelita a la madre María de Jesús, priora del convento de Descalzas de Córdoba—que no tendrán ni sentirán más necesidades que a las que quisieren sujetar el corazón, porque el pobre de espíritu en las menguas está más constante y alegre, porque ha puesto su todo en nada y en nada y así halla en todo anchura de corazón". O como dice en el prólogo de sus "Avisos y sentencias espirituales": "Quédese, pues, lejos de la retórica del mundo, quédense las parlerías y elocuencia seca de la humana sabiduría flaca e ingeniosa, de que tú nunca gustas." ¡Ah!, pero San Juan de la Cruz está solo en la noche oscura del alma

"Aquella eterna fonte está escondida,
qué bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche.
Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.
Sé que no puede ser cosa tan bella
y que cielos y tierras beben de ella,
aunque es de noche.
Bien sé que suelo en ella no se halla
y que ninguno puede vadesella,
aunque es de noche.
Su claridad nunca es oscurécilla,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.
Se ser tan caudalosas sus corrientes
que infiernos, cielos riegan y las gentes,
aunque es de noche."

¿Sólo San Juan de la Cruz—hemos dicho—está junto a los teólogos que sellan al adepto con la fe razonante, la de la "Summa", contra gentiles, la que le toma a la inteligencia sus armas? Cuando el carmelita del "Cántico Espiritual" cumple treinta años, que son los del ardor solar del hombre, Suárez can-



ta su primera misa veintidós años antes de escribir su "Teología de la encarnación en Santo Tomás", y veinticuatro años antes de su "Metafísica", y treinta y tres años antes del "Deo uno y trino", y cuarenta y uno años antes del "De Legibus", y cuarenta y dos años antes del "Defensio Fidei Catholicae", quemado en Londres y prohibido en el Parlamento de París, dos honores reunidos. Junto a estos tratados que sirven a la fe razonante, las obras de San Juan de la Cruz son también, además de música de números concordantes, y además de éxtasis, teología a su modo y hasta polémica...

No, San Juan de la Cruz no está solo, ya que en el Concilio de Trento, que se abre cuando el fontivero tiene tres años, se alzan voces imperiosas de españoles. Soto, Melchor Cano, los dos Carranza, Diego Laínez, Arias Montano, Salmerón, Covarrubias, que contienen, fundan y definen. La mística sigue a la teología y se baña también en sus resplandores. "Andar a perder y que todos nos ganen es de ánimos valerosos." Sí, pero la España del gran tiempo de San Juan de la Cruz andaba a ganar y ganó, para que el místico pudiese andar a perder en sus transportes celestiales. "Sin trabajo—escribe el carmelita—sujetarás las gentes y te servirán las cosas si te olvidas de ellas y de ti mismo." Con trabajo sujetó nuestra España a gentes de todo el planeta para que el místico pudiese sujetar a algunas sin trabajo y olvidarse de sí mismo en versos en los que cantan los celestes números de las esferas.

España ha ido por delante a las batallas universales, y los teólogos han sabido aportar su entereza dogmática y sus gladios.

(Viñetas de Gabriel y Alegre.)



REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"
LARRA, 8
Teléfono 32610

ALMACEN DE COLONIALES
GOMEZ Y REVILLA

Generalísimo, 29
ALCALA DE HENARES

FABRICA DE QUESOS
LA ROSA DE LOS VIENTOS

MARCA REGISTRADA

Cisneros, 13
ALCALA DE HENARES (Madrid)

ALPARGATAS, CALZADOS
Y CORDELERIA

ANTONIO PENALVA

Lucas del Campo, 2
ALCALA DE HENARES (Madrid)

BAR AGUSTINA

Marqués de Ibarra, 10

(Junto a la estación
del ferrocarril)

ALCALA DE HENARES
(MADRID)

LIBRERIA RELIGIOSA HERNANDEZ
LIBRERIA PONTIFICIA
Paz, 4 :: Teléfono 12250 :: MADRID

Antología de los escritos de

Datos biográficos de San Juan de la Cruz

1512.—Nacimiento en Fontiveros (Ávila). Fueron sus padres Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez.

1550.—Traslado, en compañía de su madre, viuda, y su hermano Francisco, a Medina del Campo.

Alterna allí su precoz afición a los libros con las atenciones de su cargo de demandadero del Hospital de la Magdalena.

Protegido por D. Alonso Álvarez de Toledo estudia gramática y retórica en el Colegio de la Compañía de Jesús.

1563.—Toma el hábito carmelitano con el nombre de Fray Juan de Santa María en el Convento de Medina.

1564-1567.—Estudios de Filosofía y Teología en la Universidad de Salamanca. En este tiempo recibe su ordenación sacerdotal.

1568.—Encuentro con la madre Teresa de Jesús. Comienzo de sus actividades reformadoras. Cumple su noviciado de descalzo en Valladolid. Fundación del Convento de Duruelo.

1570.—Rige el Noviciado de Pastrana.

1572.—Después de organizar el Colegio de Alcalá, y vuelto a Pastrana, acude a la llamada de la madre Teresa de Jesús, a la razón priora del Convento de la Encarnación de Ávila, para ayudarla en la reforma de las monjas.

1577.—Prisión de Fray Juan por orden del prior de los Calzados de Toledo. Destrucción por el Santo de la mayoría de sus papeles por temor a que caigan en poder de sus enemigos. Traslado a la prisión de Toledo. Comienzo de la redacción del "Cántico".

1578.—Escapa milagrosamente de su encierro y, protegido por Pedro de Mendoza, canónigo de la catedral de Toledo, se traslada al Convento de Calvario, en la vega del Guadquivir. Redacción de parte de sus comentarios al "Cántico".

1579.—Fundación del Convento de Baeza.

1582.—Traslado al Convento de los Mártires de Granada. Concluye la redacción del "Cántico" y la "Subida". Escribe la "Noche oscura" y la "Llama de amor viva".

1588.—Capítulo general de la Reforma en Madrid. Elección de Fray Juan de la Cruz para primer consultor y prelado de Segovia.

1590.—Protesta de San Juan de la Cruz ante el Capítulo extraordinario celebrado en Madrid bajo la presidencia del P. Doriz.

Destierro del Santo al Convento de La Peña, en Sierra Morena.

1591.—Enfermedad del Santo. Traslado a Ubeda.

14 diciembre 1591.—Fallece en el Convento de Ubeda.

CANCIONES DEL ALMA EN LA INTIMA COMUNICACION DE AMOR DE DIOS

¡Oh llama de amor viva, que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro!; pues ya no eres esquiva, acaba ya si quieres, rompe la tela deste dulce encuentro.

¡Oh cautero suave! ¡Oh regalada llaga! ¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado, que a vida eterna sabe, y toda deuda paga! Matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh lamparas de fuego en cuyos resplandores las profundas cavernas del sentido, que estaba oscuro y ciego,



con extraños primores calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso recuerdas en mi seno, donde secretamente solo moras!; y en tu aspirar sabroso de bien y gloria lleno ¡Cuán delicadamente me enamoras!

COMENTARIO AL PRIMER VERSO DE ESTA CANCION

¡Oh llama de amor viva!

Para encarecer el alma el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro canciones, pone en todas ellas términos: "oh" y "cuán", que significan encarecimiento afectuoso, los cuales cada vez que se dicen, dan a entender del interior más de lo que se dice por la lengua. Y sirve el "oh" para mucho desear y para mucho rogar persuadiendo, y para entrambos efectos usa el alma de él en esta canción; porque en ella encarece e intima el gran deseo, persuadiendo al amor que la desate.

Esta llama de amor es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, al cual siente ya el alma en sí, no sólo como fuego que la tiene consumida y



transformada en suave amor, sino como fuego que, además de eso, arde en ella y echa llama, como dije; y aquella llama, cada vez que llamea, baña el alma en gloria y la refresca en temple de vida divina. Y esta es la operación del Espíritu Santo en el alma transformada en amor, que los actos que hace interiores es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama. Y así, estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece más uno y vale más que cuanto había hecho toda su vida sin esta transformación, por más que ello fuese. Y la diferencia que hay entre el hábito y el acto, hay entre la transformación en amor y la llama de amor, que es la que hay entre el madero inflamado y la llama de él, que la llama es acto del fuego que allí está.

De donde el alma que está en este estado de transformación de amor, podemos decir que es su ordinario hábito, y es como el madero que siempre está embestido en fuego; y los actos de esta alma son la llama que nace del fuego del amor, que tan vehementemente sale cuanto es más intenso el fuego de la unión, en la cual llama se unen y suben los actos de la voluntad arrebatada y absorba en la llama del Espíritu Santo, que es como el ángel que subió a Dios en la llama del sacrificio del Maruj. Y así, en este estado no puede el alma hacer actos, que el Espíritu Santo los hace todos y la mueve a ellos; y por eso todos los actos de ella son divinos, pues es hecha y movida por Dios. De donde el alma le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, le está dando vida eterna, pues la levanta a operación de Dios en Dios.

COPIAS DEL ALMA QUE PENA POR VER A DIOS

Vivo sin vivir en mí y de tal manera espero, que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya, y sin Dios vivir no puedo; pues sin él y sin mí quedo, este vivir ¿qué será? Mil muertes se me hará, pues mi misma vida espero, muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo es privación de vivir; y así, es continuo morir hasta que viva contigo; oye, mi Dios, lo que digo, que esta vida no la quiero; que muero porque no muero.

Estando absente de ti, ¿qué vida puede tener, sino muerte padecer, la mayor que nunca vi?

Lástima tengo de mí, pues de suerte persevero, que muero porque no muero.

El pez que del agua sale, aún de alivio no carece, que en la muerte que padesce, al fin la muerte le vale; ¡qué muerte habrá que se iguale a mi vivir lastimero, pues si más vivo más muero?

Cuando me pienso aliviar de verte en el Sacramento, hácame más sentimiento el no te poder gozar; todo es para más pensar, por no verte como quiero, y muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor, con esperanza de verte, en ver que puedo perderte se me dobla mi dolor; viviendo en tanto pavor, y esperando como espero, muérome porque no muero.

Sácame de aquesta muerte, mi Dios, y dame la vida; no me tengas impedida en este lazo tan fuerte; mira que peno por verte, y mi mal es tan entero, que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya, y lamentaré mi vida en tanto que detenida por mis pecados está. ¡Oh, mi Dios! ¿Cuándo será? Cuando yo diga de vero: vivo ya porque no muero.

SUMA DE LA PERFECCION

Olvido de lo criado, memoria del Criador, atención a lo interior y estarse amando al Amado.

COMENTARIOS A ALGUNOS VERSOS DEL CANTICO ESPIRITUAL

"Mira que la dolencia de amor que no se cura, sino con la presencia y la figura."

La causa por que la enfermedad de amor no tiene otra cura sino la presencia y figura del Amado, como aquí dice, es porque la dolencia de amor, así como es diferente de las demás enfermedades, su medicina es también diferente; porque en las demás enfermedades, para seguir buena filosofía, curáncese contrarios con contrarios, mas el amor no se cura sino con cosas conformes al amor. La razón es porque la salud del alma es el amor de Dios, y así cuando no tiene cumplido amor, no tiene cumplida salud, y por eso está enferma; porque la enfermedad no es otra cosa sino falta de salud, de manera que cuando ningún grado de amor tiene al alma, está muerta; mas cuando tiene algún grado de amor de Dios, por mínimo que sea, ya está viva, pero está muy debilitada y enferma por el poco amor que tiene; pero cuanto más amor se le fuere aumentando, más salud tendrá, y cuando tuviere perfecto amor, será su salud cumplida.

"Vuélvete, paloma."

De muy buena gana se iba el alma del cuerpo en aquel vuelo espiritual pensando que se le acababa ya la vida, y que



puédiera gozar con su Esposo para siempre y quedarse al descubierto con él; mas atájole el Esposo al paso diciendo: Vuélvete, paloma. Como si dijera: Paloma, en el vuelo alto y ligero que llevas de contemplación, y en el amor con que ardes, y simplicidad con que vas (porque estas tres propiedades tiene la paloma), vuélvete de ese vuelo alto en que pretendes llegar a poseerme de veras, que aún no es llegado ese tiempo de tan alto conocimiento y acomódate a este más bajo que yo ahora te comunico en este tu exceso.

"Los valles solitarios nemorosos."

Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran re-

creación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad, y silencio. Estos valles es mi Amado para mí.

"En par de los levantes de la aurora."

Pero esta noche sosegada, dice que no es de manera que sea como oscura noche, sino como la noche ya junto a los levantes de la mañana, id est, compareja con los levantes porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma oscu-



ro del todo, como oscura noche, sino sosiego y quietud en luz divina, en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado a luz divina. Y llama bien propiamente aquí a esta luz divina levante de la aurora, que quiere decir la mañana; porque así como los levantes de la mañana despiden la oscuridad de la noche y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural a la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro, sino como dicho es, oscuro, como noche en par de los levantes de la aurora; porque así como la noche en par de los levantes, ni del todo es noche ni del todo es día, sino como dicen, entre dos luces, así esta soledad y sosiego divino, ni con toda claridad es informado de la luz divina, ni deja de participar algo de ella.

"El canto de la dulce Filomena."

Lo que en el alma de aquel aspirar del aire es la dulce voz de su Amado a ella, en la cual ella hace a él, su sabrosa jubilación; y lo uno y lo otro llama aquí canto de filomena. Porque así como el canto de la filomena, que es el ruiseñor, se oye en la primavera, pasados ya los frios, lluvias y variedades del invierno, y hace melodía al oído y al espíritu recreación, así en esta actual comunicación y transformación de amor que tiene ya la Esposa en esta vida, amparada ya y libre de todas las turbaciones y variedades temporales, y desnuda y purgada de las imperfecciones, penalidades y nieblas, así del sentido como del espíritu, siente nueva primavera en libertad y anchura y alegría de espíritu, en la cual siente la dulce voz del Esposo, que es su dulce filomena; con la cual voz renovando y refrigerando la sustancia de su alma, como a alma ya bien dispuesta para caminar a vida eterna, la llama dulce y sabrosamente, sintiendo ella la sabrosa voz que dice: Levántate, deja prieta, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ve; porque ya ha pasado el invierno, la lluvia se ha ido muy lejos; las flores han parecido en nuestra tierra; el tiempo del poder es llegado, y la voz de la tórtola se oye en nuestra tierra.

CARTA A LA M. MAGDALENA DEL ESPIRITU SANTO EN CORDOBA

"Jesús sea en su alma, hija mía en Cristo."

Holgado me he de ver sus buenas determinaciones que muestra por su carta. Alabo a Dios que provee en todas las cosas, porque bien las habrá menester en estos principios de fundaciones para calores, estrechuras, pobreza y trabajar en todo, de manera que no se advierta si duele o no duele. Mire que en estos principios quiere Dios almas no haraganas ni delicadas, ni menos amigas de sí; y para esto ayuda Su Majestad más en estos principios; de manera que con un poco de diligencia pueden ir adelante en toda virtud, y ha sido grande dicha y signo de Dios dejar otras y traerla a ella. Y aunque más le costara lo que deja, no es nada, que eso presto se había de dejar, así como así; y para tener a Dios en todo, conviene no tener en todo nada; porque el corazón que es de uno, ¿cómo puede ser del todo de otro?

A la hermana Juana, que digo lo mismo, y que me encomienda a Dios, el cual sea en su alma. Amén.

De Segovia y Julio, 28, de 1589.

FRAY JUAN DE LA CRUZ

de San Juan de la Cruz

AVISOS Y SENTENCIAS

¡Oh, dulcísimo amor de Dios mal conocido!, el que halló sus venas, descansó.

Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él.

Eso que pretendes y lo que más deseas no lo hallarás por esa vía tuya, ni por la alta contemplación, sino en la mucha humildad y rendimiento de corazón.

Mira que la flor más delicada más presto se marchita y pierde su olor; por tanto, guárdate de querer caminar por espíritu de sabor, porque no serás constante; mas escoge para ti un espíritu robusto, no asido a nada, y hallarás dulzura y paz en abundancia; porque la sabrosa y durable fruta en tierra fría y seca se coge.

Si quieres venir al santo recogimiento no has de venir admitiendo, sino negando.

No sabe el hombre gozarse bien ni dolerse bien, porque no entiende la distancia del bien y del mal.

Sin trabajo sujetarás las gentes y te servirán las cosas, si te olvidares de ellas y de ti mismo.

El alma que anda en amor, ni cansa ni se cansa.

Los trabajos los hemos de medir a nosotros, y no nosotros a los trabajos.



El cielo es firme y no está sujeto a generación, y las almas, que son de naturaleza celestial, son firmes y no están sujetas a engendrar apetitos ni otra cual, quer cosa, porque se parecen a Dios en su manera, que no se mueven para siempre.

El más puro padecer trae y acarrea más puro entender.

Grande mal es tener más ojos a los bienes de Dios que al mismo Dios, oración y desamparo.

Prontitud en la obediencia, gozo en el padecer, mortificar la vista, no querer saber nada, silencio y esperanza.

Manso es el que sabe sufrir al prójimo y sufrirse a sí mismo.

Quien obra con tibieza cerca está de la caída.

Mejor es sufrir por Dios que hacer milagros.

La vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza que trae consigo bienes inestimables.

El corazón del malo es el mar cuando hierve.

La fe porque es noche oscura, da luz al alma que está a oscuras.

Bibliografía de San Juan de la Cruz

Por el P. CRISOGONO DE JESUS

Aunque sin llegar a lo que la gran figura de San Juan de la Cruz reclama, la bibliografía que existe en torno a él es interesante, tanto por el número como por la calidad de los estudios que la componen. Sin intentar una enumeración completa, vamos a recoger los libros más interesantes escritos sobre la vida y la doctrina del Místico Doctor, por orden alfabético de autores:

AGUSTIN ANTOLINEZ: "Amores de Dios y el alma". (Manuscrito de la Bi-

blioteca Nacional 2.037.)—Es un hermoso comentario a las estrofas del "Cántico espiritual", de San Juan de la Cruz.

ALBAIRAN (ANICETO DE CASTRO): "El espiritualismo en la mística de San Juan de la Cruz". 1927.—Se trata de un bello discurso pronunciado con motivo de la declaración de doctor por la Iglesia en favor del santo.

ALONSO DE LA MADRE DE DIOS, CARMELITA: "Vida, virtudes y milagros del santo padre fray Juan de la Cruz". (Manuscrito 13.460 de la Biblioteca Nacional.)—Una de las más ricas fuentes para la historia del santo doctor.

ALONSO DE LA DOLOROSA, CARMELITA: "Practique de l'oraison mentale et de la perfection d'après sainte Thérèse et saint Jean de la Croix".—Obra en siete volúmenes. Expone metódicamente la doctrina espiritual de los dos sublimes Reformadores del Carmine.

ANASTASIO MARIA DE SAN JOSE, CARMELITA: "Somma di mística teologia compilata cogli scripti de S. Giovanni della Croce".—Como el nombre lo indica, es un resumen breve, pero completo de la doctrina del santo.

ANGEL MARIA, CARMELITA: "Suma espiritual de San Juan de la Cruz". (1904).—Es del mismo carácter que la obra anterior.

ARBIOL (P. ANTONIO), FRANCISCANO: "Mística fundamental... explicada por el glorioso y beato padre San Juan de la Cruz" (1761).—El autor expone las principales cuestiones de la vida espiritual a base de comentarios a las sentencias, cautelas y pensamientos sueltos de San Juan de la Cruz. Es lástima que se contente con exponer el pensamiento del santo sin hacerlo con sus mismas palabras.

BERTHIER: "Lettres sur la doctrine de saint Jean de la Croix". (Publicadas en las ediciones francesas de las obras del santo.)—Se trata de aclaraciones breves, pero enjundiosas a los puntos principales de su doctrina. Son provechosas para deshacer los prejuicios con que muchas almas comienzan la lectura de sus obras.

BRUNO DE J. M., CARMELITA: "Vie de saint Jean de la Croix". (1930).—Es la mejor vida que sobre el santo existe en francés.

BUCHFELNER: "Des hl. Johannes von Kreuz christliche mystik".—El autor se esfuerza por convencer a las almas de la excelencia del magisterio de San Juan de la Cruz.

CALABER: "La terminologie de saint Jean de la Croix dans la Montée du Carmel et dans la Nuit Obscure".—Intento de explicación de algunas expresiones del santo, con una brevísima exposición de las dos primeras obras que salieron de su pluma.

CASIANO ROJO, BENEDICTINO: "La oración mental según San Juan de la Cruz".—Librito provechoso, aunque contiene interpretaciones que creemos poco acertadas a la doctrina del Místico Doctor.

CARMELITA ANONIMO: "Compendio della mística teologia de S. Giovanni della Croce". (1886).—Es un breve resumen de la doctrina del santo.



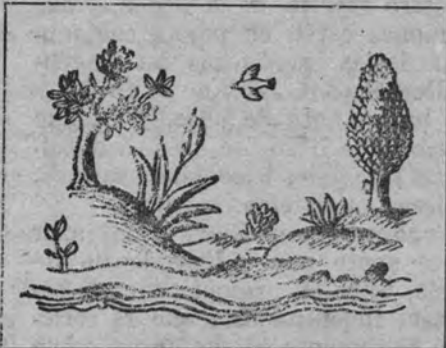
CRISOGONO DE JESUS, CARMELITA: "San Juan de la Cruz, su obra científica y su obra literaria". (Dos volúmenes. 1929).—Extenso estudio, que abarca análisis detallados sobre la doctrina y sobre el valor literario de los escritos y de las poesías del insigne maestro.

CRISOGONO DE JESUS, CARMELITA: "San Juan de la Cruz. El hombre. El doctor. El poeta". (1935).—Es una síntesis del estudio anterior.

CRISOGONO DE JESUS, CARMELITA: "Vida de San Juan de la Cruz". (1941).—Breve historia del santo en cuadros rápidos que recogen los principales hechos de su vida, encuadrados en el ambiente en que tuvieron lugar.

DEMIMUID: "Saint Jean de la Croix".—Es interesante un capítulo dedicado a exponer la doctrina del Místico Doctor.

DIEGO DE JESUS, CARMELITA: "Apuntamientos y advertencias en tres discursos para más fácil inteligencia de San Juan de la Cruz".—Son profundas disertaciones sobre los puntos capitales de su doctrina, escritas para la edición de las obras del santo. Las reprodujo últimamente el P. Gerardo en el tomo tercero de la edición crítica. (1914).



POSITEO DE SAN ALEJO, CARMELITA: "Vie de saint Jean de la Croix". Ha sido la mejor historia del santo en lengua francesa hasta la reciente publicación de la escrita por el P. Bruno, ya citada.

ENRIQUE PLA Y DENIEL (excelentísimo y reverendísimo): "El amador de la Cruz y Doctor Místico".—Profunda Carta Pastoral sobre San Juan de la Cruz publicada con motivo del II Centenario de su canonización. (1927).

EULOGIO DE SAN JOSE, CARMELITA: "Doctorado de San Juan de la Cruz". (1891).—Es una demostración de que en el santo concurren las condiciones que se necesitan para ser declarado doctor de la Iglesia.

CARRIGOU-LAGRANGE (O. P.): "Perfection chrétienne et contemplation selon saint Thomas d'Aquin et saint Jean de la Croix". (Dos volúmenes).—Extenso y profundo estudio que, si carece de unidad y da interpretaciones inadmisibles a algunos puntos de la doctrina de San Juan de la Cruz, ha contribuido, sin embargo, a vulgarizar y estimular la lectura y los estudios sobre el santo.

GERARDO DE SAN JUAN DE LA CRUZ, CARMELITA: "Introducciones a las obras del Místico Doctor en la primera edición crítica". (Toledo, 1912-1914).—Desde el punto de vista de crítica textual, fué el primer gran paso que se dió hacia la fijación del texto genuino de las obras de San Juan de la Cruz.

GONZAGUE DE TRUC: "Les mystiques espagnols. Sainte Thérèse et saint Jean de la Croix".—Es una exposición compendiosa de su doctrina.

HUTCHINGS: "Exterior and interior life of St. John of the Cross".—Librito de carácter devoto y afectivo.

JERONIMO DE SAN JOSE, CARMELITA: "Historia del venerable padre fray Juan de la Cruz". (1641).—Nadie ha superado, hasta el presente, esta vida del Místico Doctor, escrita pocos años después de su muerte.

JOSE DE JESUS MARIA, CARMELITA: "Historia de la vida y virtudes del venerable padre fray Juan de la Cruz". (1628).—Fué la primera vida que se publicó de San Juan de la Cruz. Dedica una gran parte al estudio de las virtudes y de la vida interior del santo. Ha sido reeditada en Burgos (1927).

JOSE DE JESUS MARIA, CARMELITA: "Don que tuvo San Juan de la Cruz para guiar almas".—Tratadito sobre las cualidades que adornaban al santo como director espiritual y sobre los métodos que usaba. Ha sido publicado como apéndice a las obras de San Juan de la Cruz, edición crítica del padre Gerardo (Toledo, 1914).

JUAN DE LA ASUNCION, CARMELITA: "El pastor del Carmelo". 1729.—Interesante comentario a las "Cautelas" de San Juan de la Cruz.

JUAN BARUZI: "Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique". (1924).—Trabajo de investigación, de crítica textual y doctrinal. El autor lo abarca todo: la vida, los textos y las enseñanzas místicas del santo. Es un estudio hecho según las últimas exigencias científicas. Pero el criterio racionalista con que está escrito desfigura la personalidad del Místico Doctor.

JUAN DE ROJAS, MERCEDARIO: "Representaciones de la verdad sobre las siete moradas de Santa Teresa de Jesús careada con la 'Noche oscura' del venerable padre fray Juan de la Cruz".—El autor no se contenta con estudiar la doctrina de la "Noche"; comenta las demás obras del santo e incluso sus poesías. Adolece del mal gusto del siglo XVIII.

LANDRIEUX: "Sur les pas de saint Jean de la Croix dans le désert et dans la nuit".—Esta obra del obispo de Dijon es una sintética exposición de la doctrina de la "Subida" y de la "Noche", es decir, de la parte negativa del sistema de San Juan de la Cruz.

LEOPOLDO TRENOR: "Juan de Yepes: medio fraile y doctor de la Iglesia".—Libro de amena lectura. El autor se esfuerza por hacer resaltar los rasgos amables y simpáticos del santo carmelita, cosa que logra con gusto.

LUCAS DE SAN JOSE, CARMELITA: "La santidad del claustro o 'Cautelas' del seráfico Doctor Místico San Juan de la Cruz".—Extenso y hermoso comentario a las "Cautelas" del santo. La aceptación obtenida entre los lectores piadosos es su mejor elogio.

LUDOVIC DE BESSE, CAPUCHINO: "Eclaircissements sur les oeuvres mystiques de saint Jean de la Croix". (1893).—Libro pequeño, pero que resulta de interesante lectura. Lamentamos que en algunos puntos doctrinales siga las equivocadas opiniones del abate Saudreau.

MARIA CLARA DE JESUS, CARMELITA: "Saint Jean de la Croix intime. Etude sur le coeur de saint Jean de la Croix". (Dos volúmenes. 1922).—Son meditaciones sobre la vida y la doctrina del santo. Aunque la autora parece haberse querido limitar al elemento piadoso, hay páginas en el libro de interés para la recta inteligencia de la doctrina del Místico Doctor.

NICOLAS DE JESUS MARIA, CARMELITA: "Phrasium mysticæ theologiæ V. P. Fr. Joannis a Cruce". (1631).—Es un trabajo que tuvo gran importancia en los tiempos en que se escribió. Es una apología y una demostración de la ortodoxia de las doctrinas del santo, contra los que las tachaban de iluministas.



R. DE THOMAS DE SAINT LAURENT: "Saint Jean de la Croix".—Se trata de un retrato del carácter y condiciones morales del Místico Doctor.

SILVERIO DE SANTA TERESA, CARMELITA: "Introducciones a las obras de San Juan de la Cruz".—Desde el punto de vista de crítica textual, la labor del P. Silverio es la mejor que poseemos hasta el presente.

TEODORO DE SAN JOSE, CARMELITA: "Vers l'Union parfaite d'après saint Jean de la Croix".—Breve tratadillo de divulgación.

VALLEE: "Saint Jean de la Croix. Savie et sa doctrine".—Como su título lo indica, es una corta exposición de la vida y de la doctrina del santo. Carece de pretensiones científicas.

WAFFELAERT: "Quaedam notabilia de doctrina mystica præcipuim S. Joannis a Cruce, doctoris ecclesiæ". (Colaciones Brugensis; vol. 17).—El autor estudia las posibles relaciones doctrinales entre San Juan de la Cruz y Ruysbroeck.

WENCESLAO DEL SS. SACRAMENTO, CARMELITA: "Fisonomía de un doctor". (Dos volúmenes. 1913).—Un buen estudio, de carácter científico, de tendencias apocóriticas. El autor superó cuantos trabajos existían hasta entonces sobre el santo.

ZIMMERMANN (BENITO DE LA CRUZ), CARMELITA: "The development of mysticism in carmelite order". Es una notable introducción a la edición inglesa de las obras de San Juan de la Cruz. El P. Zimmermann escribe al pie de cada volumen una corta exposición del contenido de los libros que en él se publica.

(Ilustraciones de Carlos Tauler)

SAN JUAN DE LA CRUZ ESTUDIANTE UNIVERSITARIO EN SALAMANCA

Por el P. CRISOGONO DE JESUS

SON los tiempos heroicos de la Universidad salmantina. Aún resuenan los ecos de las últimas "reelecciones" de Vitoria, y fray Luis de León está en el apogeo de su fama como poeta, como teólogo y como escriturario batallador. Las aulas bullen de estudiantes. Entre ellos está el futuro San Juan de la Cruz.

Cuatro cursos completos sigue el santo en la Universidad: tres de artes o filosofía y uno como teólogo. Es éste, en el orden intelectual, el periodo más importante de su vida. Su gigantesca personalidad como doctor va a salir perfilada de aquellas aulas donde tantos ilustres personajes de la España imperial modelaron la suya. Tiene el santo carmelita veintidós años. Tras el estudio de Humanidades, hecho en Medina del Campo, en el Colegio de los PP. Jesuitas, fray Juan se encuentra en el momento propicio para aprovechar las ventajas del ambiente cultural que le rodea. Su inteligencia, de un vigor extraordinario, como lo demostrarán sus libros, va adquiriendo principios, confrontando sistemas, observando las distintas tendencias doctrinales de los catedráticos.

El escolasticismo que, gracias a la crítica que Vives hacía desde fuera de España y a la labor depuradora y constructiva de los mejores profesores salmantinos, lograba limpiarse de tanto ridículo formulismo como le había llevado a la decadencia, ofrece al joven estudiante carmelita una verdadera disciplina intelectual. Gracias a ella, San Juan de la Cruz dará al misticismo una trabazón y una lógica que no había conocido nunca.

Pero no le juzguemos rutinario. En el ambiente universitario salmantino comienzan a respirarse aires de renovación y hasta de independencia intelectual. No es un centro de imposición tiránica y absurda de doctrinas y sistemas. Los catedráticos se impugnan mutuamente. Los escriturarios luchan contra los teólogos, que se escandalizan de innovaciones tenidas por peligrosas, y los teólogos tienen recelo de los "artistas" que interpretan poco escolásticamente a Aristóteles. Todas las doctrinas tienen resonancia en aquellas aulas: las de Santo Tomás, las de Escoto, las de Durando. Y los catedráticos están atentos a cuantas novedades traen el Humanismo y la Reforma en el orden de las ideas, unas veces para refutarlas y otras para asimilárselas.

Sobre esta formación en la Universidad, San Juan de la Cruz recibe al mismo tiempo otra en el Colegio carmelitano de San Andrés, que se levanta al Este de la ciudad, a la orilla misma del Tormes, cuyas aguas pasan besando los muros del convento. Es cierto que las doctrinas que aquí oye el joven estudiante tienen mucho parecido con las que se explican en la Universidad; pero no son idénticas, y eso basta para que la formación del santo

adquiera matices particulares. Sin dejar de ser de carácter netamente escolástico, las clases a que asiste en el Colegio de San Andrés no son de exposición de doctrinas tomistas. Un doctor inglés, el carmelita Juan Baconthorp, es comentado como maestro especial de la Orden, y sus opiniones están en pugna con muchas de las enseñanzas del Angélico Doctor. San Juan de la Cruz toma buena nota de ellas, y cuando escriba sus libros se servirá de algunos principios baconianos para establecer su sistema espiritual.

Todo esto contribuye a afianzar en el santo una independencia de juicio, muy en armonía con su carácter: independencia que se reflejará claramente en sus libros y que dará a su actitud doctrinal un aire netamente español. Sin tener en

esos días redacta sus mejores composiciones poéticas, las cuales aprenden de memoria los estudiantes y multiplican en copias numerosísimas, ni siquiera las lecciones del Brocense, que fray Juan puede seguir en el curso de 1566-1567, clases en las cuales el célebre profesor explica y comenta el libro III de las "Metamorfosis", de Ovidio, y el libro "De narratione", de Cicerón: es, sobre todo, el ambiente renacentista que llega hasta la Universidad, entre cuyos catedráticos encuentra, junto a algunos impugnadores, verdaderos y fervientes paladines que van a imponerse a los primeros.

San Juan de la Cruz se forma en este ambiente, que aprovecha con el mejor gusto. Mientras fray Luis de León canta "La vida del campo", el Místico Doctor se prepara para

en tu amor florecidas
y en un cabello mío entretejidas.

¡Qué bien reflejan las estrofas del "Cántico espiritual" y de la "Noche oscura", bajo el bello lenguaje metafórico en que el poeta ha sabido envolver las realidades místicas, la sólida formación filosófico-teológica adquirida en la Universidad. No son composiciones maravillosas sólo en la forma exterior: lo son más aún en el fondo. Se ve bien que el poeta no canta estimulado por la visión de un paisaje, que ha despertado en él el sentimiento de la belleza que dormía en el fondo de su alma: son ideas hondas, es una visión transcendente lo que bulle en su espíritu y le hace cantar. Bajo el velo transparente y bellísimo del lenguaje poético, se traslucen un pensamiento teológico. Es el "artista" y "teólogo" de la Universidad salmantina sirviendo de apoyo al poeta enamorado de la eterna hermosura. O, mejor aún, es el filósofo y teólogo que, en fuerza de serlo, se ha convertido en poeta.

SAN JUAN DE LA CRUZ Y LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES

(Viene de la página 6)

le en su Reforma y en sus libros, expresión aquella de su ideal de perfección religiosa, y éstos eco de su alma. Personifiquemos su santidad. Es la única grandeza, que, como la de la púrpura o el oro, no suscita envidias, sino estímulo de imitación. Leamos sus obras singularmente durante la conmemoración centenaria, viéndolo en diálogo con el maestro y el Santo. Es anhelo y consejo de cuantos mensajes e invitaciones se dictan para su glorificación. En nuestra mano está vengar este olvido de Santo tan relevante. Dios mismo ha de secundar nuestros deseos de exaltación de quien fué tan humilde. La intelectualidad española, tras de profundizar en su estudio y darle a conocer a sus compatriotas y radiar su homenaje a todo el mundo, debía rendirle el homenaje más glorioso y perdurable: el de proclamarle su Patrono. Tal acuerdo sería como proclamarle patrióticamente su doctor. La supremacía de la ciencia mística en que él descuellaba justifica esta atribución patronal. El ambiente nacional de superación e imperio y la tendencia a la restauración de los Patronatos religiosos en todos los órdenes de la vida, máxime en la cultura, son propicios a la instauración del doctor de la Iglesia en nuestro Siglo de Oro sobre la intelectualidad de España, exaltación justificada y oportunísima en este año centenario natal del castellano con alma santa, genio científico y personalidad literaria que fué San Juan de la Cruz.

Trabajemos todos por la mayor gloria y honra del Santo y por hacer cada día más amplio y extenso su magisterio espiritual, y a tal fin hagamos nuestro el deseo del señor obispo de Madrid-Alcalá, quien en un reciente discurso propuso, como el mejor y más grato homenaje a San Juan de la Cruz, que no se quede este año ningún español culto sin leer las obras del Santo.

La sabiduría es el principio y raíz de todo movimiento.

(San Juan de la Cruz)



cuenta estos años que San Juan de la Cruz pasa como estudiante en la Universidad de Salamanca empapándose en aquel ambiente, rozándose con aquellos insignes maestros, atento a las distintas corrientes intelectuales que convergen en aquel centro cultural, sería imposible comprender la razón de muchos matices de su doctrina mística incomparable.

A la vez que una sólida formación científica, San Juan adquiere en la Universidad salmantina una excelente formación literaria. Si de su estancia en Salamanca sale, en gran parte, el doctor, allí se incubaba también el poeta. No sólo es el posible contacto con fray Luis de León, que

modular más tarde su maravilloso "Cántico espiritual". Los dos pertenecen a la misma escuela; los dos han aprendido a rimar en las liras que han introducido en la poética castellana Boscán y Garcilaso; los dos parecen acariciados por una misma Musa angélica, sólo que la de San Juan de la Cruz viene de más alto y canta misterios más subidos:

Mi amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las insulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,

De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escogidas
haremos las guirnalda

EL POETA DEL AMOR

Por LUIS FELIPE VIVANCO

SAN Juan de la Cruz es, ante todo, el poeta del Amor. Y su poesía, también, la poesía del Amor por excelencia. Ninguna otra la iguala en su unidad milagrosa, que reúne en un solo ímpetu acendrado a la más pura intensidad del sentimiento con la más increíble finura de matiz. Cuanto más dulce, más entera; cuanto más fuerte, más delicada, es esta palabra balbuciente que logra merecer el pasmo en el calificativo más humilde. Porque San Juan canta sus versos—o los dice nada más en sus letrillas—con el “corazón” mismo del espíritu, como le llama en algún pasaje de su “Llama de Amor viva”. Lo que más vale en el Amor, lo que más une no es el dolor, o la alegría, o la esperanza, sino el mismo fuego purísimo de su sentimiento. ¿Cómo no llegaría a sentir amorosamente ese fuego el que pudo cantar y decir con tanta perfección lírica desde ese su corazón espiritual? Porque, dejando a un lado a los más ingeniosos, o retóricos, o intelectuales, que no cantan desde ningún corazón, aunque sus versos sean también poesía, ¿cuántos poetas, y poetas buenos, y hasta grandes poetas, no han conseguido más que cantar imperfectamente desde el corazón de la carne? Y han cifrado su nombre inagotable de poetas en su imperfección de criaturas. Pero la voz cantora de San Juan ha brotado, de una vez para siempre, en lo más secreto y escondido de una vida espiritual verdadera, ganada intensamente en la entrega absoluta de sí misma al Amado. Por eso su poesía se entrega también de una manera tan absoluta al misterio. Por eso en ella, el Símbolo no es más que la presencia de la única realidad suprema: el Amor mismo que la crea.

Pero la poesía de un Amor espiritual tan subido sólo puede expresarse en el lenguaje más difícil y apurado de la unidad. En un lenguaje tan claro y evidente por su íntima vocación de unidad, que cuesta tantísimo trabajo precisar bien sus términos. Para analizarle estéticamente habría que distinguir en la unidad varios grados: la unidad de la palabra, la del verso, la de la estrofa, la del poema. Y aun en cada uno de ellos, la unidad sensible o sonora y la espiritual o callada. Pero sólo por la unidad podemos explicarnos una poesía tan excesivamente verdadera. A pesar de su declaración, cada verso permanece inaccesible en sí mismo. Y cada estrofa apura su sentido por la presencia igual en el canto del fervor acendrado que la quiso. En este lenguaje de la unidad, la exclamación ponderativa, redimida de su propia angustia, es la cima inmaculada de la expresión. “Para encarecer el alma, el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro canciones, pone en todas ellas estos términos: “¡oh!” y “¡cuán!”, que significan encarecimiento afectuoso; los cuales, cada vez que se dicen, dan a entender del interior más de lo que dice la lengua. Y sirve el “¡oh!” para mucho desear y para mucho rogar persuadiendo, y para entranbos efectos usa el alma de él en esta canción.” Hasta aquí sus palabras del Santo en el comienzo de su declaración de la “Llama”.

Y así como en el poema de la “Llama”, formado por cuatro únicas líras de seis versos cada una, alcanza San Juan la más cierta y exigente unidad espiritual en el verso con los menos elementos sensibles, así en la declaración de sus dos primeras estrofas o canciones alcanza en la prosa esa misma unidad puramente interior y casi intraducible por la palabra. La prosa del “Cántico” es más rica y más encantadora; es también más bella y hasta más misteriosa. La prosa de la “Subida” y de las “Noches” es más doctrinal o científica, más teológica y psicológica a un tiempo. Pero en este comienzo de la “Llama”, su prosa está referida, de un modo más directo al Amor. Es una reiteración casi imposible del sentimiento ya expresado en el verso. Y es un lenguaje poético que no declara más que lo que realiza artísticamente de nuevo. Pero no se trata de ninguna palabra artísticamente pura, sino amorosa y espiritual, en la que lo humano siempre está transcrito en su mejor límite posible, pero no queda nunca ajeno a la realidad expresiva. Es como la prosa de algunos momentos más intensos de la declaración del “Cántico”, pero mantenida toda ella unida en un grado superior de unidad.

Fuera de ella han quedado el mundo y las cosas del mundo, porque, como nos dice San Juan al comentar el verso



Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno:

“...este es el deleite grande de este recuerdo: conocer por Dios las criaturas y no por las criaturas a Dios.” “Porque echa allí de ver el alma cómo todas las criaturas de arriba y abajo tienen su vida y fuerza y duración en Él.” Es decir, que sin salir el alma del fuego amoroso que la consume, está más esencialmente en la creación entera, y con sólo expresar la intensidad creadora de ese fuego, expresa la unidad de la creación.

Así, la poesía de la “Llama”, como antes la de la “Noche”, es un símbolo total y único que agota toda la realidad, sin necesidad del lenguaje más rico en metáforas del “Cántico”. Y como no quiero que se me atribuya una distinción que creo tan acertada y que no me pertenece, debo citar aquí el libro de Baruzi sobre nuestro San Juan y el problema de la experiencia mística, al cual, sin perdonarle sus grandes defectos en lo que atañe a la doctrina, y principalmente lo insuficiente de la actitud, debemos agradecerle, entre otras cosas, un magnífico capítulo sobre “la expresión lírica y sus prolongaciones”.

Pero aunque en su verso la intensidad de la expresión mantiene siempre presente, a pesar de la metáfora, la unidad amorosa, en su prosa, a veces, y muy concretamente en el “Cántico”, nos habla ya San Juan el lenguaje amoroso de la diversidad del mundo. Porque también es obra del Amor, que ha tenido abundante expresión castellana, el conocer a Dios por las criaturas. Escuchad la voz amorosa del padre Alonso de Cabrera, dominico, predicador del Rey Don Felipe II, cómo no desdeña el más mínimo detalle de la realidad que con tanto cariño y tanta donosura nos revela: “Tomad una pepita de naranja y quitadle aquella cascarrilla y esotro hollejo y partidla y quebradla. ¿Qué hallaréis allí de lo que hay en el naranjo? Ved por otra parte el naranjo: las raíces con que se encepca en la tierra, el tronco, las ramas, la hoja, la flor, el fruto, ¿qué hay de eso en aquella pepita? ¿Dónde está la fuerza de las raíces y aquella virtud de chupar la tierra y enviar para todo el humor para que se mantenga? ¿Dónde la dureza de la madera? ¿Dónde la corteza con que se defiende de la injuria de los tiempos? ¿Dónde el buen parecer de la hoja? ¿Aquel color tan alegre, aquellas aletas tan bien compuestas con que se reparte la verdura? ¿Dónde la lindeza del azahar, aquella albuza mezclada con jale, aquella fragancia de buen olor que parece que os puede vol-

ver el alma al cuerpo? ¿Qué es de la belleza de las naranjas, aquella gracia que dan al árbol que, cargado, parecen hojas y fruta balajes mezclados con esmeraldas?” Escuchad la voz amorosa en la diversidad de fray Pedro Malón de Chalde, agustino, cuando nos describe la Jerusalén celestial, al final del Libro III de su “Conversión de la Magdalena”; pero sin olvidar del todo, ni mucho menos, las cosas de este mundo: “Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno: no la furia de los vientos combaten los empinados árboles ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas: aquí el enfermizo otoño jamás desnuda las verdes arboledas de sus hojas, porque allí se cumple el “folium ejus non defluet”, que dijo David, antes dura una apacible templanza que conserva la frescura de cuanto tiene el cielo en un perfecto ser.”

Aquí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas, y de mil maneras, vencen en resplandor a las esmeraldas y rubies y claras perlas y piedras del Oriente. Aquí las rosas son más hermosas y de olor más suave que las de los jardines de Jericó, las fuentes más que cristal deshecho; el agua es más dulce, el gusto de las frutas más suave.”

Y escuchad también la voz amorosa en la diversidad del propio San Juan: “Llama al alma blanca palomica por la blancura y limpieza que ha recibido de la gracia que ha hallado en Dios. Y llámala paloma, porque así la llama en los cantares, para denotar la sencillez y mansedumbre de condición y amorosa contemplación que tiene. Porque la paloma, no sólo es sencilla y mansa sin hiel, más también tiene los ojos claros y amorosos.”

Son ejemplos tomados un poco al azar, sin rebuscar demasiado en los textos. Sin embargo, en seguida se echa de ver que en el lenguaje de San Juan hay siempre una mayor inclinación hacia el interior reducido del espíritu, que le impide entregarse del todo a la diversidad. Su fuerte no está en el colorido, ni en la ternura minuciosa, ni en la complacencia ideal en la contemplación, sino en esa aspiración incesante hacia el agotamiento de su pura sustancia espiritual. Sin salir del “Cántico” podemos encontrar muchos ejemplos también de esto: “En decir, pues, el alma al Esposo: vámonos a ver en tu hermosura al monte, es decir, transfórmame y asémejame en la hermosura de la sabiduría divina que, como decíamos, es el Verbo Hijo de Dios. Y en decir al colado es pedirle también que la informe en la hermosura de esta

otra sabiduría menor, que es en sus criaturas y misteriosas obras; lo cual también es hermosura del Hijo de Dios en que desca el alma ser ilustrada.” Pero es en la “Llama” donde la diversidad de las cosas ha desaparecido y la intensidad del espíritu mantiene a la unidad en pureza.

Muy poco espacio ocupa la diversidad de las cosas en su lenguaje, y, por la presencia del Amado, faltan en él dos de los principales ingredientes de todo lenguaje amoroso: el ensueño y la muerte. No hay ensoñación ninguna en sus estrofas que venga a turbar la pertenencia del símbolo a su realidad suprema. Porque el tiempo no es más que la perduración de cada instante. Y en cuanto a la muerte, hermana del amor según Leopardi, para San Juan no es más que la condición de su perfecto cumplimiento. Y la vida que desfallece en unidad de amor, porque la posesión del Amado le espera más allá de la muerte, se acerca tanto a ésta, que no se sabe bien dónde acaba la una y empieza la otra. La muerte no tiene ninguna importancia para San Juan de la Cruz.

Y no será también por esa ausencia del ensueño y de la muerte por lo que es nuestro primer lírico amoroso y no podemos encontrar otra voz española que tenga la entereza y la delicadeza, la verdad poética de la suya?

Ni siquiera el “dulcissime vanus” Garcilaso, cuando lanza, precisamente contra la muerte, sus ayes más sinceros y más bellamente dolorosos:

Ella en mi corazón metió la mano
y de allí me llevó mi dulce prenda,
que aquel era su nido y su morada.

Ni Fernando de Herrera, que sacrificará la sinceridad a la verdad para que el amor ideal logre en su verso la plenitud de ser que no puede tener en su pobre vida mortal. Ni el gran Quevedo, que encontrará sufrimiento suficiente en el amor para salvarse del tiempo:

Llama que a la inmortal vida trasciende,
ni teme con el cuerpo sepultura,
ni el tiempo la marchita ni la ofende.

Ni el conde de Villamediana, que es el que construye a fuerza de pasión y de inteligencia un sistema poético amoroso más difícil y acabado.

En cuanto a Don Luis de Góngora, sabido es que no escribía su poesía precisamente con el corazón, y en este sentido su obra representa el polo opuesto que la de San Juan. Si hubiera tenido más corazón, tal vez no hubiera sido tan perfecto. Por eso su belleza implacable se parece a la que más tarde apostrofaría Baudelaire:

Je suis belle, ô mortels! comme un rêve
de pierre,
et mon sein, où chacun s'est meurtri tour
à tour,
est fait pour inspirer au poète un amour
éternel et muet ainsi que la matière.

Todos estos son poetas del amor profano, pero tampoco tiene par San Juan entre los del amor sagrado. Ni siquiera en Fray Luis, cuando su voz serena y conmovida a un tiempo expresa ardientemente su nostalgia del cielo:

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo...?

O cuando, en su ternísima oración filial, le pide a María que le saque de tribulación:

miran de la ribera
seguras muchas gentes mi caída...

Ni en Pedro Espinosa cuando, desengañado del mundo y haciendo vida de ermitaño con el nombre de Pedro de Jesús, escribe sus salmos y sus soledades:

Arrepentido estoy, arrepentido;
mucho, mucho; mi Amado,
Señor, yo seré bueno.

Ni en Lope tampoco, cuando hubo trocado también el amor humano por el divino. Y eso que aquí están los requiebros amorosos que más se acercan a los de San Juan:

Cuando en mis manos, Rey eterno, os
[miro,
y la cándida víctima levanto...

A todos éstos supera también en Amor San Juan y, por el Amor, en la perfección lírica de sus versos. Sólo aquella que le descubrió y valió, la Santa Madre Teresa de Jesús, pudo poner tanto amor en su palabra.

En el amante el amor es llama
que arde con apetito de ar-
der más.

(San Juan de la Cruz)

MÍSTICA Y RAZÓN EN SAN JUAN DE LA CRUZ

Por JOSE ANTONIO MARAVALL

"Sapientia enim heus mundi stultitia est apud Deum."

(San Pablo, Epístola 1.ª a los Corintios-III-19)

CON la palabra misticismo se ha querido designar una posición fundamentalmente antirracional, y, por tal motivo, con ella se hace referencia a algo que es opuesto a conocimiento en cuanto éste supone una claridad mental del linaje que sea. La misma frecuencia con que el lenguaje místico emplea términos como "oscuro", "tinieblas", "noche", etc., ha facilitado esa versión del misticismo como cosa confusa e irracional.

Pero todo lo que no es racional está por debajo de la razón. El pensamiento católico ha estimado a ésta siempre como lo más valioso de cuanto al hombre pertenece, y mal podría aspirar a colocarse por debajo de la razón un misticismo, como el de nuestro San Juan de la Cruz, por ejemplo, no sólo no extraño a ese pensamiento, sino asentado en sus mismas creencias, y cuyo anhelo se expresa en todo momento con palabras como "elevado", "superior", "altísimo", "vuelo". De su experiencia mística canta San Juan:

*Tras de un amoroso lance
y no de esperanza falto,
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.*

El misticismo de nuestros escritores del XVI no destruye el conocimiento racional, no reniega de él. Lo niega en el sentido en que ardorosamente niega la vida entera, para alcanzar el propio fin del hombre, la unión mística. Pero es esta una negación cuyo objeto es afirmar lo verdadero de la vida, y con ella, de la razón. El místico, lo que rechaza, si, es cuanto está por debajo de la razón—los apetitos, los sentidos—, y frente a esto encuentra que sólo puede tener confianza limitada dentro de los límites inherentes a la naturaleza humana en la razón. El misticismo de San Juan de la Cruz no aniquila, sino que ensancha el conocimiento. Busca una manera de vida que asegure al alma su libertad plena, y libertad y razón, para el católico, están en estrecha relación. El misticismo aspira más bien, como reconoció Víctor Delbos, a una extensión del saber, o, mejor, de la especulación, en cuanto pretende someter a la exploración de nuestra inteligencia, no solamente las causas y las leyes determinadas de las que dependen las cosas hechas, sino la actividad profunda de Dios infinito. El misticismo, pues, amplía el conocimiento, incorporándole zonas a las que no se remonta normalmente. No hay ciencia sino del ser, dijo Santo Tomás, y el místico quiere ensanchar el conocimiento del Ser divino mediante la experiencia de la relación del alma humana con El, el místico no deja de querer aumentar el caudal de la ciencia.

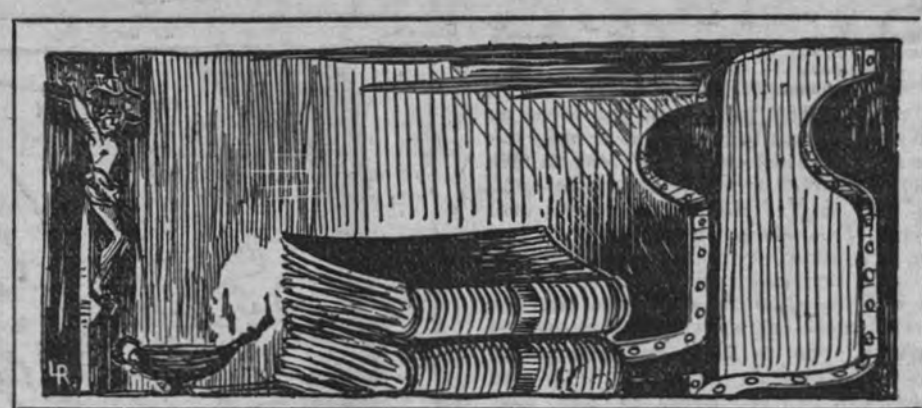
Pero no creamos que con lo que el mis-

tico aporta sólo crece el conocimiento suprarracional. La actitud mística fortifica y alumbra el conocimiento de la razón. Por eso, dice San Juan de la Cruz, "entenderemos que el alma con sus potencias está esclarecida dentro de los resplandores de Dios". Entre esas potencias naturales del alma que el resplandor de Dios esclarece está, en primer lugar, el entendimiento. Cuando nuestro teólogo-poeta nos asegura que al aproximarnos a Dios comprendemos cuán deleznable era lo que sabíamos de las criaturas, hay que interpretarlo en el sentido de que esa aproximación nos hace capaces de conocer mejor lo creado y reputamos como inservible lo que antes habíamos creído saber de ello, porque es ahora, después de esa ilustración divina, cuando estamos más cerca de la verdad.

El misticismo tiene, por consiguiente, una decisiva significación intelectual y, añadámosle, moderna. Históricamente, el primer movimiento místico propiamente tal—el hombre medieval, inmerso en su "ordo", no se coloca en esa soledad interior que aquél requiere—, el misticismo especulativo alemán, es fuente principal de la filosofía moderna. Los místicos españoles del siglo XVI no son concebibles sino dentro del espíritu "moderno", y eso es el motivo por el que no hayan existido antes en nuestra historia. El hombre medieval, cuando se pone a pensar, o mejor, a construir su concepción del Universo, empieza por Dios y va descendiendo desde él gradualmente. El místico—un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa—tiene que entenderse primero con su alma. A sus ojos salta la inmediata realidad del yo. Sobre el mundo ha comenzado la historia del hombre moderno. A las puertas está Descartes, que, puesto a pensar, antes que nada se encuentra consigo mismo, con su yo, "une chose qui pense". Nuestros místicos están de lleno dentro de esa característica de la filosofía moderna, el "empleo sistemático de la primera persona", que ha llevado al extremo la escuela fenomenológica.

El alma indigente del hombre, en soledad mística, no está realmente a solas, si no que viene a socorrerla la única compañía que puede satisfacerla. "Así El no quiso dejarla sola, sino que, herido de ella por la soledad que por él tiene, viendo que no se contenta con otra cosa, él sólo la guía a sí mismo. Si el místico clama angustiadamente "mi yo", "mi yo", sabe dónde puede encontrar todo el apoyo que necesita, y en ello está la diferencia con el hombre moderno. "Nuestro auxilio está en el nombre del Señor", recuerda diariamente a los creyentes la liturgia de la misa.

Este logro de la compañía divina que nos ha de hacer fuertes, que ha de fortificar nuestra razón, tiene su camino. La idea de camino en el que hay que ir cubriendo paso a paso las sucesivas etapas, hasta llegar a la final, está constantemente repetida en la literatura mística. A este camino lo viene a llamar San Juan



en su "Cántico espiritual" el "conocimiento de la fe". No deja de ser, menos que ningún otro, un acto de la inteligencia, sólo que a la vez es un acto del alma entera, de la vida toda. El conocimiento de la fe es un conocimiento intuitivo; pero que requiere su método, su preparación. No es un procedimiento discursivo, como el que emplea la razón, éste de la fe, sino que es una intuición directa, inmediata, algo que se deja ver. Pero no por eso deja de reclamar una preparación, y ésta consiste en el "renunciamento". El renunciamento nos lleva a aumentar nuestra ciencia, y más generalmente dicho, sin que, no obstante, la ciencia deje de comprenderse en ello, nuestro saber. "La sabiduría entra por el amor, silencio y mortificación", dice San Juan. "El más puro padecer trae y acarrea más puro entender."

No todos están dispuestos o abiertos al conocimiento en todas sus formas, salvo el de las cosas naturales. De aquí la necesidad de una preparación de la persona entera, del alma con todas sus potencias, para hacernos capaces del entendimiento de la fe. Y esa preparación es el renunciamento a todo para quedarnos solos con Dios.

El entendimiento, la voluntad y la memoria deben renunciarse a sí mismos para dejar al alma sola con Dios, y "e esta comunicación saldrán fortalecidos. En esa soledad el alma bebe de Dios, "según la sustancia de ella y según sus potencias espirituales; porque según el entendimiento bebe sabiduría y ciencia y según la voluntad bebe amor suavísimo y según la memoria bebe recreación y deleite en recordación y sentimiento de gloria".

Pero en esta operación en la que el alma se desnuda de cuanto es suyo, colabora la razón doblemente, según San Juan. En cuanto la prepara y en cuanto recoge sus resultados y se beneficia de ellos. En esta doble misión que San Juan de la Cruz le señala vemos la estima en que tiene a la razón y el decisivo papel que le reserva.

En primer lugar, por tanto, la razón prepara la renuncia de las demás facultades del hombre y la realiza, por su parte, en cuanto a ella atañe. Seguramente del amor, de la voluntad, parte el energético impulso hacia el renunciamento que ha de desnudar al alma frente a Dios—"amor es... desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios"—para ofrecerle su pura y ancha soledad; pero es la razón la que dirige los pasos de esa ascética ascensión a la última morada del alma solitaria. "Para obrar virtud—aconseja San Juan—no esperes al gusto, que bástete la razón y entendimiento." La razón es la que posee los medios de asegurar el alma en recto itinerario hacia Dios, ese Dios que es a la vez Bien y Verdad. Por eso, además, en cuanto Dios es Verdad, esa marcha del hombre hacia El es un caminar racional, un movimiento del entendimiento. El método o, mejor dicho, las prácticas del alma para aproximarse a la unión mística son dictados por la razón. La actuación del alma a este respecto se condensa en el ejercicio de las tres

virtudes teologales que el entendimiento enseña a las demás potencias cómo deben ser practicadas. Las mismas obras de San Juan de la Cruz se revelan, a un análisis atento, como ejemplo de esa conducta. No son arrebatos confusos, fogosos e iluminados, sino que manifiestan un encadenamiento lógico de ideas y razonamientos, un orden racional en su construcción interna.

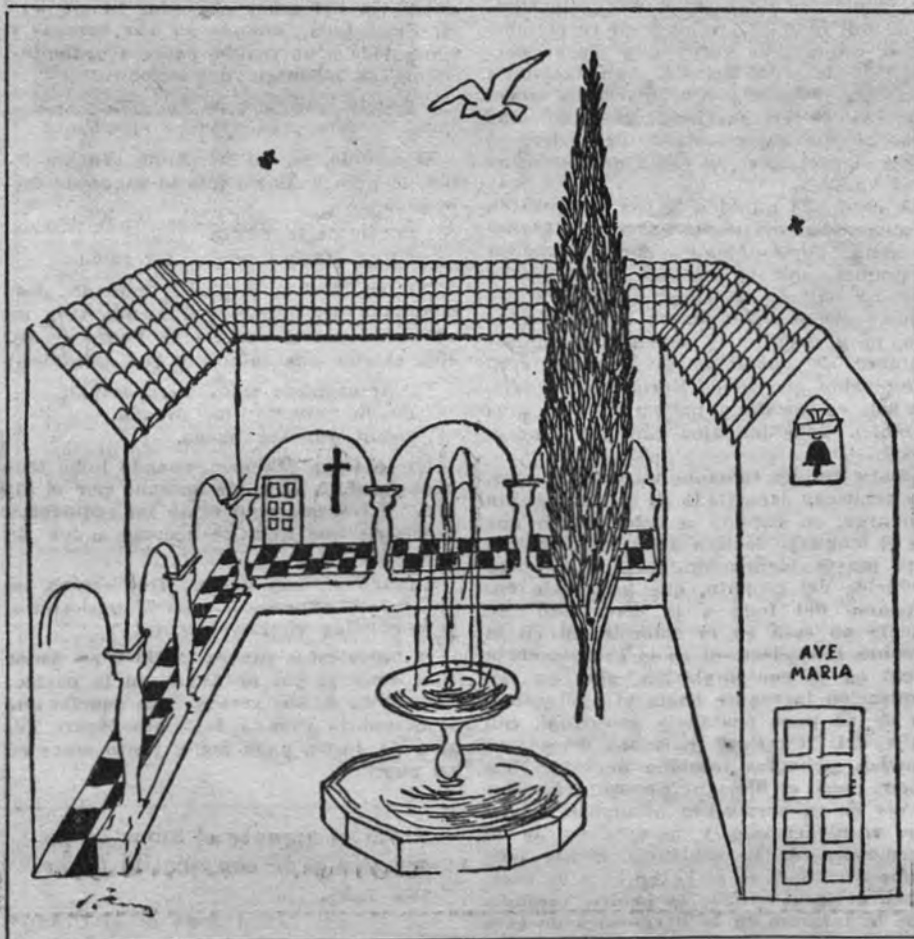
Y no termina aquí la parte de la razón, según San Juan de la Cruz. Hay que llegar a un conocimiento superior que alumbre el alma "en par de los levantes de la aurora". Y en qué consista este conocimiento nos lo dice San Juan en palabras que son un maravilloso ejemplo de castellano literario. "Y llama bien propiamente aquí a esta luz divina levante de la aurora, que quiere decir la mañana; porque así como los levantes de la mañana despiden la oscuridad de la noche y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural a la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro, sino como dicho es, oscuro, como noche en par de los levantes de la aurora; porque así como la noche en par de los levantes, ni del todo es noche ni del todo es día, sino, como dicen, entre dos luces, así esta soledad y sosiego divino, ni con toda claridad es informado de la luz divina, ni deja de participar algo de ella."

Esa luz supraracional que esclarece el alma trasciende al conocimiento racional, pero a la vez lo penetra y clarifica. Por ese motivo San Juan de la Cruz nos advierte que no hay que despreciar los conocimientos logrados anteriormente, sino que cuanto sabíamos antes adquiere más grande perfección merced a la ciencia sobrenatural que nos viene de Dios. Como la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona, el conocimiento de la fe da perfección mayor al entendimiento.

En aplicación de esta doctrina nos advierte el Santo en sus sentencias que en el camino de Dios tomemos consejo de la razón y obremos bajo su dirección. Obrar según la razón es parecido a alimentarse de sustancia y no de frutos insustanciales. Desde un punto de partida metafísico hasta la moral vemos moverse al Santo en el terreno de lo que hoy se ha llamado el "racionalismo cristiano". Las grandes reservas del pensamiento aristotélico-escolástico en que se basan nuestros místicos, especialmente San Juan, hacen posible esa coincidencia.

No cabe duda de que esa ilustración divina permitió a San Juan de la Cruz llegar al fondo auténtico de la poesía. Porque toda poesía verdadera es, en definitiva, "laus Deo".

(Dibujos de L. Reiz y Serny.)



ARTICULOS RELIGIOSOS
IMAGENES, CUADROS, MOLDURAS
OBJETOS DE ESCRITORIO
ANDRES CERVERA
Colegiata, 14 — Teléfono 73226 — MADRID

ALMENDRAS DE ALCALA

SALINAS
MARCA REGISTRADA

ALCALA DE HENARES (Madrid)

PROXIMA A AGOTARSE

"Historia General de España y sus Indias desde los tiempos más remotos hasta el fin del reinado de Isabel II", por D. Víctor Gebhardt. Quinta edición de 13 tomos, en cuarto mayor, con 102 láminas de ellas diez iluminadas, representando los trajes y armamentos de la formación del Ejército permanente, hasta fin de 1898, Criterio Ortodoxo.
Precio en rústica 65 pesetas; gastos de envío, embalaje y reembolso, 7 pesetas. Librería Católica Hijos de Gregorio del Amo, S. L., calle de la Paz, 4, Madrid. Apartado 12086.

LA MISTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

(Viene de la página 3)

de almas dirigidas o de sus directores; ni escribió para dar gusto con páginas dulces y sabrosas, sino para dar, como él mismo dice, doctrina "substantial y sólida". (3).

Por lo sublime del asunto escribió en verso; como teólogo, que da cátedra desentrañó y explicó minuciosamente los pocos versos en larga y documentada prosa.

Mal se justificará este empleo del estro poético a los ojos de los que tienen la poesía por mero artefacto de ajustados ritmos y cadencias, o lo que es peor, por afectación del lenguaje; pero aquel que piense con Fr. Luis de León que "la poesía sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres, para con los movimientos y espíritu de ella levantarlos al cielo, de donde procede, porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino" (4), comprenderá bien que el Espíritu Santo inspirara el Cantar de los Cantares y que David profetizara con canciones al son de su arpa, y que San Juan de la Cruz usase acentos rítmicos y concertadas cadencias para cantar los hondos y ternísimos afectos, los arrullos de paloma enamorada que suspira y gime con virginal encandimiento por la ausencia del Amado, o el hervor del alma en los divinos arrobos; ese sí comprenderá el celestial impulso que arrebató a nuestro bardo, al Príncipe de la poesía lírica española, y le inspiraba los fluidos y sonoros versos, las reguladas trovas, la sacra melodía de sus angelicales canciones, solamente comparables con los divinos cánticos del epitalamio salomónico.

Fué guía de almas y maestro de los maestros del espíritu. Sus escritos, divulgados por la Iglesia en toda la extensión de la tierra, son desde hace más de tres siglos el "libro de texto" de la Mística católica, y el Vicario de Cristo consagró su doctrina y coronó su frente con la aureola de doctor de la Iglesia universal. Justo es que España le rinda el homenaje debido a los hijos más gloriosos.

Justo y provechoso además; porque es necesario que ahora que nuestra Patria vuelve sobre sí misma para buscar en sus entrañas las fuentes de su vida propia y deponer los estériles remedos de vidas extrañas, tome por guía de su vida religiosa, alma y sostén de la vida cívica, a maestro tan acertado y seguro que ha merecido serlo de toda la Iglesia católica.

El espiritualismo renace; la Humanidad sacude de sí, desencantada y asqueada, las doctrinas y los criterios materialistas, y anhela por lanzarse a respirar aires puros en las alturas de la vida espiritual. Dentro y fuera de la Iglesia católica hay una poderosa corriente mística en nuestros días. Corriente que tiene muy peligrosos remolinos. Para caer en el pseudo-misticismo protestante, o en el naturalista o el panteísta, o en el neopaganismo, que es la esencia del sentimentalismo modernista, o en

el neo-iluminismo de los teósofos, los espiritistas y los innumerables cultivadores de las ciencias ocultas, que a tantos fanatizan, no vigila la pena de salvar el escollo del materialismo. Entre Scila y Caribdis hay que llevar la nave; para ello suba al puente el piloto que la Iglesia haya proclamado como el más experto. Por eso, y además porque es español, debe confiarle el timón a San Juan de la Cruz.

(3) Prólogo a la "Subida al monte Carmelo". Ibid., pág. 33.

(4) Fr. Luis de León: Nombre de Cristo: "Monte". Edic. Madrid, 1907. Pág. 101.

EL SABOR DEL MILAGRO

(Viene de la página 5)

tando en este modo nos dijo: "Hermano fray Diego, avise que toquen a maitines, que ya es hora", y así lo avisé y dije al padre fray Lucas del Espíritu Santo y a un hermano que allí estaba, que no me acuerdo, y luego fueron a hacer tocar la campana, y oyéndola el siervo de Dios, dijo, teniendo el Cristo en la mano: "In manus tuas, Domine, commendo spirituum meum", y a este instante, teniéndole yo abrazado, sin haber echado de ver que hubiese expirado, vi de repente una gran luz sobre la cama del siervo de Dios, a modo de un globo que resplandeció como el sol y la luna, quedando las luces que estaban sobre un altar y dos candelas que estaban en la celda como rodeados de una niebla y de modo que parecía no alumbraban; y volviendo a mirar al siervo de Dios que tenía en mis brazos, vi y conocí que estaba difunto, y dije a los circunstantes: "Nuestro Padre se ha ido con esta luz al cielo".

(Dibujo de J. R. Escassi.)

VISION ACTUAL DE CADIZ

Hacia diez años que el que escribe estas líneas perdió el contacto lírico con el mar. O sea, que en la alta meseta castellana vivió añorándolo, decantando el concepto del mar en el sentido lírico y exaltando su dimensión histórica.

La primera aproximación se verifica en Barcelona, en su mar repesado por dársenas y muelles comerciales, aunque más allá de la urdimbre mercantil noblemente utilitaria está el mar auténtico.

Ahora, en el viaje a Cádiz, sentí los claros vientos atlánticos; y en las primeras horas de un día de enero, un poco saturado de humedades marinas, sorprendí, impresionado, el espectáculo de un mar bravo, de azules radiantes, componiendo un cuadro semejante a aquel en que las carabelas colombianas se balanceaban en las aguas rumorosas e infinitas.

Cádiz es un buque pétreo con la proa un poco inclinada hacia el tercer cuadrante. Una delgada lengua de tierra lo une al suelo firme del resto de España. Por todas partes la envuelven las aguas. Su techo es un cielo tan azul como el mar. Por los cuatro puntos cardinales susurran o rugen las olas.

Es una privilegiada ciudad fundada por Hércules y amada por Neptuno desde la lejanía mitológica. Y ha sido siempre tan griega como latina. Recordamos un discurso de Cicerón defendiendo en juicio a uno de sus más preclaros hijos, Cornelio Balbo, confidente íntimo de Julio César, y precisamente en contra de sus propios paisanos gaditanos, que equivale a una cartela ilustre para la prosapia arqueológica de Cádiz.

Existe también una poesía de lord Byron a los pies diminutos de una gaditana que encadena líricamente la continuidad de la gracia elegante de sus mujeres.

Todas estas evocaciones influyen en la apreciación contemporánea de Cádiz, aunque no desvirtúan su esencia, que creemos es la misma que hoy. Pero modernamente, desde mi punto de vista, Cádiz hace pensar que el siglo pasado su caserío, que aun en el presente es sólido, magnífico, y a veces suntuoso, entonces la situarían en el rango de las mejores ciudades europeas.

Una característica aceptada por todos los que la conocen es que de toda Andalucía es la ciudad más señorial y más refinada. Este refinamiento no se encierra en las altas clases. El obrero, y hasta el campesino, aunque realmente en la ciudad no existe campesinado, posee también en igual medida ese refinamiento social, en ninguna parte tan difundido.

Se dice: Todas las calles de Cádiz desembocan en el mar. ¡Magnífico privilegio! Desembocan en el mar, o sea, se dirigen rectamente, por los caminos más breves, al Mundo. Por estas rutas maríneas vino siempre a ella la gloria y la riqueza. La opulencia del Descubrimiento y los laureles trágicos de Trafalgar.

No hay, desde luego, un balcón abierto al Atlántico como Cádiz, para descubrir una perspectiva marítima más sublime. Las industrias de Cádiz son las rela-

cionadas con su medio natural. Astilleros, Departamentos Marítimos, industrias pesqueras florecientes. Y las instalaciones de un gran puerto estratégica y geográficamente situado.

Toda la ciudad, su comercio abundante, viven en la prosperidad o experimentando las fluctuaciones de la inseguridad y merma del movimiento marítimo.

Cádiz, en su aspecto urbano, tiene una característica que la honra desde siempre: la preocupación de sus autoridades y del vecindario por la limpieza.

Y esta tendencia, como principio y práctica, sí que enaltece a un pueblo. Sus calles, generalmente estrechas, pulcramente pavimentadas, frecuentadas cotidianamente por la preocupación de su limpieza, dice más que ningún elogio de la calidad de los gaditanos.

Los jardines que se asoman al mar en la avenida de Apodaca, por ejemplo, carecen de la mácula incivil del abandono y de la repugnante nota de la suciedad. Resplandecientes de cuidados, ofrecen una elocuente prueba del espíritu soberbiamente civilizado de sus habitantes.

C. B.

La Manzanilla es el vino de los optimismos.

Andalucía tiene su vino predilecto: La Manzanilla. Ella personifica lo más saliente de su cielo: La luz. Y lo más notable de su tierra: La fragancia.

El vino Manzanilla sabe siempre a juventud.

Todo está en una copa de vino de Manzanilla: la emoción del pasado y el estímulo fácil de la alegría nueva.

En el fondo de una copa de Manzanilla hay siempre la imagen de una mujer."

Vienda de
SERGIO REAL

Fábrica de Harinas
LA ESPERANZA
Molino de Piensos
LAS ARMAS
Fábrica de Pastas
para Sopa

TELEFONO 103
ALCALA de
HENARES

Gabriela
ANOTTILLADA FINA
M. Sanchez Ayala
SANTO CAR DE BARRAMEDA
Regalo de la Emancipación de 1812

LUIS MEXIA
JOYERIA
Columela, 36 — CADIZ



Objetos para
regalos
Camisería fina
Confecciones
Quantería
Plaza General Varela, 4
Teléfono 19-71 -- CADIZ

GARVEY

Fino "San Patricio"
Vermut "Garvey"
Coñac "Dictador"

Arturo Redondo

Bermejo

MATERIALES DE CONSTRUCCION



FABRICA DE CAL



Calle de Arquitecto Acero

Plaza de la Catedral

CADIZ

ANTONIO BARBADILLO

S. L.

EXPORTADORES



DE VINOS



Y COÑACS



Sanlúcar de Barrameda
(CADIZ)

Compañía Marítima Frutera, S. A.

CADIZ

APARTADO 187 — Dirección telegráfica "MAFRU" — TELEFONOS 2737 y 2329

Servicio regular semanal de buques fruteros
entre las Islas Canarias y la Península.

Servicio regular entre los puertos de Sevilla
y Cádiz con Lisboa.

FLOTA. — M. TURIA. M. DARRO. M. EBRO. M. SIL.
V. TORMES. V. DUERO. V. CELTA. V. VASCO. V. ARIO

A. y A. Sancho

VINOS FINOS



PUERTO DE SANTA MARIA (Cádiz)

Coñac Pemartín



*¿Conoce el
Bobadilla?*



пробуйте и compare



Osborne & Co.

*Casa fundada en 1772
Puerto de Sta. María*

**FINO COQUINERO
COGNAC VETERANO**



COGNAC

DECAÑO

CABALLERO



**Cognac
"CENTENARIO"
TERRY**



**FIDEL GONZALEZ
DE PEREDO y Cía.**
(S. en C.)



**IMPORTADORES DE
CAFE Y BACALAO
COLONIALES - ACEITES**



**Cánovas del Castillo, 41
CADIZ**

LAS GRANDES EMPRESAS INDUSTRIALES DE CADIZ

España agrícola; pero, sobre todo, marinera

España es una nación agrícola. Indudablemente. Pero, más todavía, marítima. Lo han ignorado los más, y han sido necesarias las exigencias de la contienda mundial para hacer conocer prácticamente a los españoles que la producción agrícola en España es ineficaz en determinados momentos para alimentar a sus habitantes.

Hay un discurso luminoso pronunciado el último día del año 1939, que lo confirma. España fué siempre deficitaria en el concepto agrícola. Entre las estadísticas probatorias se halla la que testifica que España importaba anualmente 50 millones de pesetas oro en legumbres secas. Así, también, que de cada cuatro cosechas de trigo, una, por lo menos, es inferior a las necesidades y se hace preciso importar 120 millones de pesetas oro de trigo extranjero.

Pero en un sector de nuestra producción superamos las exigencias de nuestro mercado interior, permitiéndonos, en vez de importar, el gesto optimista de exportar considerables cantidades.

¿De dónde surge este aspecto de energía productora? Naturalmente, de las industrias marítimas; del tesoro del mar que rodea, o, mejor, que abraza con un amor de Historia a la Península.

La pesca rica, exuberante, pródiga, ofreció a los españoles el medio de resistir victoriosamente este período provisional y dramático que producen conjuntamente la guerra mundial y el estrago que en la economía nacional produjo el marxismo.

La agricultura se significó en este trance duro como insuficiente para suplir a la aportación extranjera que complementaba las deficiencias de la propia.

La pesca ha venido siendo en la etapa en que termina la guerra española de Liberación y da comienzo al primer acto de la conflagración internacional, quizá la salvación de los hogares modestos.

LA PESCA ES LA ADAPTACION RACIONAL AL MANDATO DE LA GEOGRAFIA

El imperativo geográfico: clima, accidentes hidrográficos, temperatura, potenciales naturales de materias primas, en muchos casos no excita en el hombre español iniciativas que animen las energías latentes. Pero el mar, en el habitante del litoral, sí determinó las iniciativas para su aprovechamiento, por lo cual, desde tiempo inmemorial, España se cuenta como potencia pesquera, delante de treinta naciones costeras. En este sector de la producción no hemos necesitado rectores extranjeros ni expertos, ni capitalistas, ni patentes. El contenido total de esta esfera del trabajo es español: hombres, capitales, procedimientos, y si alguna vez existió relación o colaboración entre extranjeros y nacionales, fueron nuestros pescadores los que acabaron de enseñar a pescar aun a los mismos ingleses, de tan interesante tradición marítima, enrolándose en sus buques mediante cuantiosos estipendios.



Un vapor pesquero vuelve al puerto después de la hazaña diaria y sencilla de la pesca: trabajo y riesgo

UNA ASOCIACION DE ARMADORES, EMPRESA COOPERATIVA DE PRODUCCION PESQUERA

Hace años se organizó en Cádiz la Pesca de modo racional. Se aglutinan en una organización de carácter genuinamente cooperativo los armadores que efectuaban aisladamente la industria pesquera. Así quedó constituida la Asociación de Armadores de Buques de Pesca. El trabajo se efectúa bajo una coordinación unitaria, y los beneficios se reparten proporcionalmente cada año.

La flota pesquera de Cádiz se compone de unos setenta barcos.

Constituye esta empresa pesquera el más importante foco de trabajo de Cádiz. En sus buques, en la fábrica de hielo, de su propiedad; en los depósitos de carbón y demás combustibles; en las operaciones de los muelles, transportes y diversos medios de acarreo, etc., etc., agrupa considerable número de produc-

tores, por lo que representa una de las empresas más populares y entrañablemente gaditanas.

Por significar en la vida industrial de Cádiz un factor local y provincial de este carácter, estableció la Empresa una diferencia de precios para el mercado gaditano que equivalió en el año 1941 a una pérdida de ocho millones de pesetas.

Asimismo, debiéndose a la vida local, de modo inmediato, contribuyó a beneficencia, tan generosa en Cádiz, con más de cien mil pesetas anualmente.

En la economía nacional representó el volumen de sus ventas más de cuarenta y cinco millones de pesetas.

IMPORTANCIA PESQUERA DE CADIZ

Casi todo el consumo de pescado de las comarcas centrales procede del Sur, donde se localizan fáciles zonas de pesca. Las calidades del pescado son de las más finas, y la variedad de la fauna marina que puebla sus aguas no son superadas por las de ningún lugar del planeta.

DIFICULTADES QUE MARCAN PERDIDAS DE UN 30 POR 100

Cuando el abastecimiento de carbón, petróleo, etc., permitan a Cádiz ofrecer facilidades a las demás flotas pesqueras de España, este puerto acogerá una concurrencia extraordinaria de pescadores de toda España, que vendrán a Cádiz en busca de sus riquísimos caladeros.

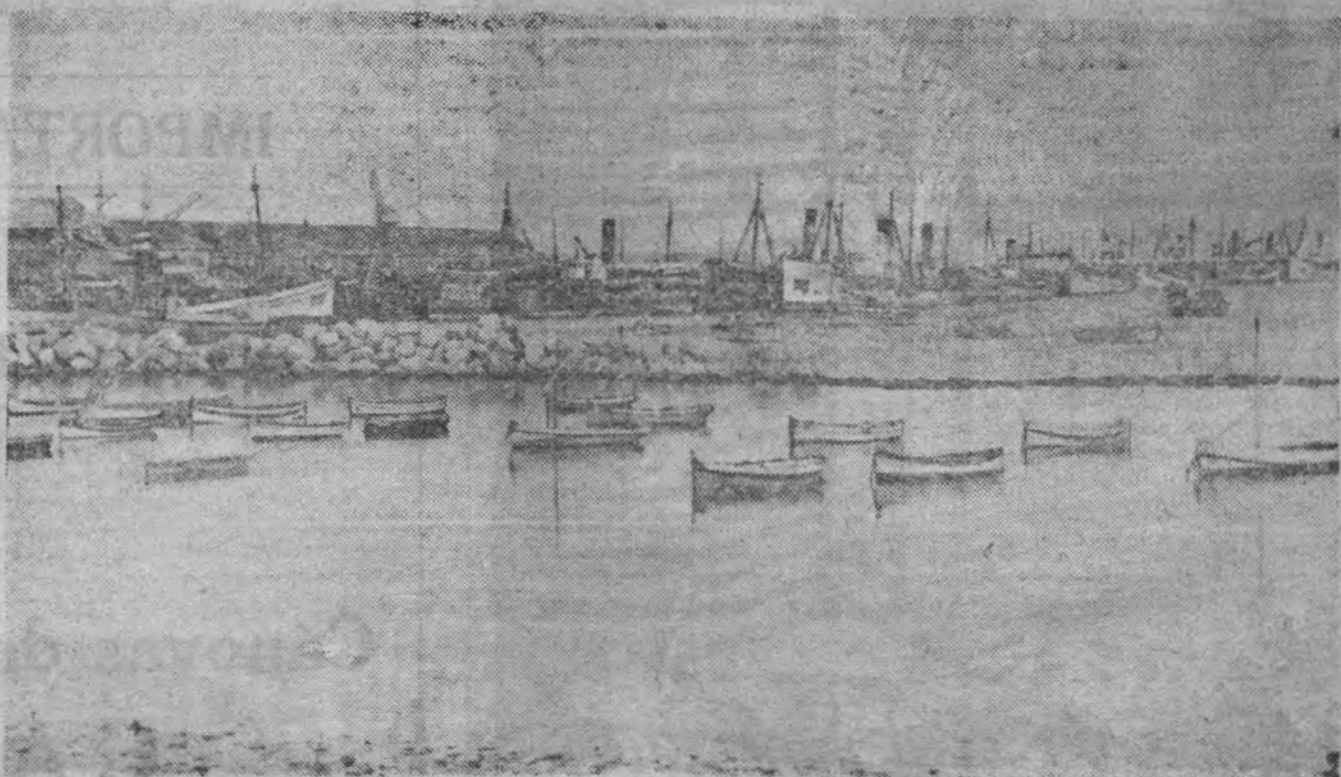
La Asociación de Armadores de Buques de Pesca proyecta construir en el futuro puerto pesquero una nueva instalación frigorífica para una capacidad de 140 toneladas, que, con la producción actual, llegará a alcanzar la cifra de 300 toneladas diarias.

Actualmente tropieza la Empresa con las dificultades inherentes al estado de crisis del mundo y con la profunda alteración del valor de los productos, y que influyen en todas las industrias, proyectada, como es de lógica, en ella, ya que el carbón, petróleo, bayetas, redes, cables, etc., etc., continúa ascendiendo con un ritmo que hoy es mayor que las señaladas en el artículo de ARRIBA de 7 de enero último.

Una ciudad y una región marítima como Cádiz dependen del estado de prosperidad o decadencia de las industrias relacionadas directamente con el mar: astilleros, o sea, construcciones navales, y la pesca, naturalmente, y el índice correlativo de bienestar o depresión de sus clases productoras fluctúa necesariamente con ellas, por lo que es visible el vínculo estrecho que las une.

Y como final a estas ligeras impresiones de la vida marítima de Cádiz reseñamos la nota eufórica de nuestras realidades en este sector, ya que, como primera potencia pesquera mundial precedemos a treinta naciones costeras, y que con los barcos que han de terminarse y los actuales será España la primera potencia pesquera del mundo.

C. B.



Parte de la flota pesquera de Cádiz amarrada en el puerto pesquero